

Tripoli



D

TRIPOLI

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 4425 A. - BARCELONA

REVISADO
POR LA CENSURA GUBERNATIVA

TRÍPOLI

Interesantísima producción cinematográfica
basada en la toma de Trípoli

✱

Es un film PARAMOUNT

DISTRIBUIDO POR

PARAMOUNT FILMS, S. A.

✱

Intérpretes principales:

ESTHER RALSTON
CHARLES FARRELL
WALLACE BEERY
Etc.

TRÍPOLI

CAPÍTULO PRIMERO

LA DECLARACIÓN DE GUERRA

Es ya una verdad reconocida por todos los historiadores que la libertad de la humanidad depende principalmente de la libertad de los mares.

Sin esa libertad, las naciones más poderosas son prisioneras dentro de sus mismas fronteras y no pueden hacer llegar a otros países los productos de su industria, de su civilización, de su progreso.

Su vida es imposible.

Por eso desde los tiempos remotos, desde que la navegación se hizo necesaria e indispensable,

porque los pueblos, por su exceso de población se vieron en la imperiosa necesidad de expansionarse, de salir de sus fronteras, todas las naciones de la tierra procuraron poseer una armada, un ejército de mar que garantizase sus operaciones mercantiles y las garantizase contra posibles ataques por parte de sus enemigos.

Y consecuencia lógica de esto fué que, así como hay ladrones terrestres, surgiese la clase de ladrones de mar, los piratas, tan terribles en aquellos siglos en que aun no existía esa libertad de los

mares de que hoy gozamos por fortuna.

Poseían en aquella época los piratas verdaderas escuadras de combate, dedicadas a la lucha, viviendo exclusivamente de la rapiña.

Y las naciones de todo el mundo vieron amenazados sus intereses y en peligro sus propias ciudades, por la amenaza de aquellos bandidos sin conciencia, sin ley ni patria.

Se formaron al principio alianzas entre los países más directamente atacados; pero el mantenimiento de una flota considerable en servicio permanente de vigilancia suponía gastos difíciles de soportar, tanto más cuanto que el radio de acción de los piratas era inmenso y nunca se les podía coger reunidos.

Atacaban aisladamente y sólo a los bajeles indefensos y cuando los encontraban muy lejos del amparo de las baterías de la costa o de las escuadras encargadas de defenderlos.

Y así sus provocaciones no tenían fin y sus hazañas sembraban de luto las naciones.

En el año 1879, en que tiene lugar esta narración absolutamente histórica, se habían enseñoreado del Mediterráneo, convirtiéndolo en su feudo, los piratas

berberiscos, los de la raza de los Barbarroja y los Selims, que desde su refugio de Trípoli, fortaleza verdaderamente inexpugnable, imponían su ley inexorable en aquel mar, sujeto a su dominio, a todas las grandes potencias europeas y aun a las de otros continentes, que se vieron obligadas mal de su grado a pasar por la vergüenza, si querían navegar por el sur de Europa, de abonar un tributo oneroso a los piratas.

Y aun así aquellos actos eran violados con cualquier pretexto y las mismas naciones que contribuían a sostener aquel nido de águilas salvajes se veían atacadas de improviso en sus mismas fortalezas.

La situación había llegado a ser verdaderamente vergonzosa y los atentados al derecho natural y al derecho de gentes se repetían con una frecuencia aterradora.

No tan sólo los indefensos buques mercantes y de comercio, sino aun en múltiples ocasiones los grandes navíos de guerra, cuando se aventuraban solos por la zona peligrosa, eran asaltados de improviso en alta mar por alguna escuadrilla berberisca y sus tripulaciones pasadas a cuchillo y llevadas luego a sus refugios tune-cinos, donde eran vendidas como

esclavos en los grandes mercados musulmanes de carne humana.

Únicamente los jefes escapaban a aquella injuria y a aquel tormento vergonzoso si sus familiares o sus gobiernos aportaban el cuantioso rescate en que era fijada su libertad y su vida por aquellos bárbaros dominadores del mar Mediterráneo.

¡Pero aun había peligro mayor para las indefensas mujeres!...

Si alguna de ellas, por necesidad ineludible, se aventuraba a surcar los mares y el buque que conducía a la infeliz entraba en el radio de acción de los piratas y por azares de la suerte caía en poder de éstos, todas las vergüenzas la estaban reservadas y era su destino el ir a engrosar el harem de los sultanes de aquella gentuza.

Repasando la historia de aquellos tiempos vemos en ella, como decíamos en un principio, que las grandes potencias europeas pactaron entre sí diversas alianzas, y relata también la serie de combates encarnizados de que fueron teatro los mares latinos hasta llegar a la memorable gesta de Lepanto, epopeya sangrienta y gloriosa que marca ya de un modo indeleble el principio de la decadencia del imperio musulmán.

Y precisamente fué por aquella época preparatoria de este aconte-

cimiento cuando se desarrollaba el incidente que ha servido de base para este relato magnífico.

Los encargados de dar a los berberiscos una verdadera lección de poderío y de heroísmo no fueron desgraciadamente latinos, ni aun tan siquiera europeos.

Tuvo que venir del otro mundo, de tierras americanas, el vengador implacable de tantas monstruosidades.

¡Qué lejos estaban los piratas de suponer que de tan lejano sitio había de llegar el principio de su aniquilamiento!

Por aquel entonces nacía a la vida, en la parte norte de América, la patria de Washington, cuna de las libertades americanas, la nación que había de llegar a ser en un futuro no muy lejano la gran Unión de los Estados Unidos del Norte, la dueña casi absoluta de América y la primera potencia del mundo bajo el aspecto mercantil y aun casi bajo el guerrero...

Acababan de obtener su libertad tras sangrienta contienda y sentían el orgullo natural de los pueblos jóvenes.

Pueblo que ya en sus principios era esencialmente comercial, no dejó de sentir los zarpazos de las panteras infieles, y sus buques de comercio empezaron a caer en po-

der de los piratas que, tras ultrajar el pabellón estrellado, hicieron a sus nacionales, hombres y mujeres, víctimas de todos los vejámenes y todas las vergüenzas...

Tanta audacia sorprendió en un principio a los americanos; pero la sorpresa cedió el paso a la indignación y en 1803 el Presidente de la joven República, Tomás Jefferson, se creyó en el deber de convocar una Asamblea máxima en la que se discutiese el partido a tomar ante aquellos sucesos.

La reunión tuvo lugar en Filadelfia, donde a la sazón estaba la capital de los Estados Unidos.

El pueblo, el buen pueblo americano que en aquel tiempo estaba en plena fiebre de exaltación patriótica, llenó por completo el salón de sesiones, pronto a dejarse arrastrar por la cálida elocuencia de sus representantes.

La sala estaba de bote en bote... Uno de los oradores lanzó el grito de protesta:

—¿Nos resignaremos a la esclavitud que nos imponen unos piratas, en esta misma Cámara en donde se firmó la declaración de Independencia?... ¿Después de haber derramado sin pensarla nuestra sangre para librarnos de yugos e ingerencias extrañas, nos dejaremos pisotear por esos salvajes?...

—¡No!... ¡No!...

—¡Guerra, guerra!

La multitud rugía de indignación y exigía el castigo inmediato de aquellos audaces navegantes que habían convertido el mar Mediterráneo en feudo de sus bajeles, en teatro de sus monstruosas hazañas...

Fué en vano que hablase en aquella ocasión la voz de la prudencia.

Al que hablaba de transición se le reputaba traidor, aunque fuese uno de los que más se habían sacrificado en pro de la comunidad.

Es la ley eterna del mundo... El patriotismo exaltado ha sido, las más de las veces, la causa de la ruina de los pueblos y ha llevado a éstos a los mayores descalabros.

Hombres prácticos, los americanos se dejaban, sin embargo, en aquellos tiempos en que apenas habían dejado enfriar los cañones de sus fusiles, influenciar por las fogosidades oratorias, y la Asamblea Popular iba a ser yesca que prendiera el depósito de la indignación...

Uno de aquellos sesudos varones que redactaron tras tantos años de lucha encarnizada la flamante constitución de aquel Estado libre elevó su voz autorizada

recomendando calma, moderación, prudencia...

—Ciudadanos... mirad lo que hacéis... Nuestra nación es joven... está dando los primeros pasos en la vida y necesita de todos nuestros desvelos si queremos algún día verla rica y floreciente...

"Nuestro tesoro está exhausto después de tantos años de lucha... Mirad a vuestro alrededor y antes de tomar una determinación tan grave acordaos de América. Si así lo hacéis y miráis las cosas sin apasionamientos ni arrebatos, convendréis conmigo en que nos encontramos empobrecidos, debilitados, plagados de deudas y que es preciso convenir en que resultaría más acertado y económico pagar tributo a los piratas que sumirnos en una guerra costosa y difícil..."

Pero uno de los miembros más jóvenes y fogosos de la Asamblea ahogó la voz de la prudencia:

—Nuestro tesoro está exhausto, pero en nuestros bosques vírgenes abunda la madera de roble para construir buques... Nuestro pueblo es valiente y decidido.

"Su Señoría parece olvidar que los piratas acaban de apresar al Jorge Washington y han insultado al pabellón nacional..."

Y el orador pronunciaba el nombre venerando del héroe de la

Independencia con profundo respeto, con verdadera devoción.

En las tribunas se alzó un murmullo significativo.

El orador continuó:

—¿Hasta cuándo permitiremos semejantes humillaciones?

Y al hablar miraba a lo alto, al vivero de carne humana que se agitaba en las gradas.

—¿Hasta cuándo toleraremos el infame trato que dan a nuestras mujeres?

Había tocado la fibra sensible y los murmullos se convirtieron en rugidos de indignación.

Pero el primer orador, el que representaba la sensatez, insistió en sus primitivas recomendaciones:

—Todo eso está muy bien y yo comparto con vosotros el dolor por el ultraje, la indignación por las ofensas; pero no estamos en condiciones de hacer más que eso: lamentarnos. La guerra es una locura. El teatro de ella está muy lejos de nuestras costas... ¿Sabéis lo que representa llevar nuestras armas al otro lado del mundo? Mi opinión es que debemos pagar en seguida nuestro tributo a los piratas, aun cuando sea preciso pedir prestado el dinero para conseguirlo...

—¿Osaremos comprar el desho-

nor con dinero prestado?—tronó el patriotismo ciego.

—¡No! ¡No! ¡No!

Gritaron mil voces y los asistentes se pusieron en pie agitando en alto los brazos amenazadores...

¡La locura se había soltado la melena y había de ser inútil que la prudencia quisiera dejar oír la voz de la templanza!

—¡Guerra!... ¡Guerra!...—seguía aullando la fiera popular.

—¿Legaremos a nuestros hijos una herencia de ignominia y deshonra?

Ya no era sólo el pueblo el que contestaba a aquellas excitaciones a la violencia...

Sus propios representantes en la Asamblea Nacional se habían puesto en pie como un solo hombre, vibrantes de entusiasmo bélico; y mientras la prudencia, relegada al olvido, se retorció las manos con desesperación al comprobar la impotencia de sus sanos consejos y la inutilidad de sus esfuerzos de concordia, aquellas gentes, ebrias de entusiasmo, gritaban alzando los puños en alto en un gesto de amenaza que debía llegar hasta el otro lado de los mares:

—¡No y mil veces no!...

—¡Antes la muerte que la vergüenza!...

—¡Guerra, guerra!...

—¡Mueran los piratas!...

Y el orador fogoso, el que había provocado con su arrebatadora elocuencia aquel estallido bélico, lanzó la frase de reto, repetida como un eco por millares de bocas:

—Que nuestro lema de ahora en adelante sea: ¡Millones para defensa y ni un solo céntimo para tributo!...

Y la Asamblea entera puesta en pie entonó a coro, con unanimidad perfecta, como respuesta a aquella excitación patriótica, las primeras estrofas del himno vibrante de la libertad:

*“¡Adelante... Adelante
hijos de la joven América!”*

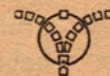
Y en tanto que Jefferson, apesadumbrado, meneaba tristemente la cabeza, calculando la cantidad de sangre y de oro que iba a costar a su tierra aquella aventura temeraria, el pueblo americano se lanzaba a la calle ardiendo en cólera santa y, llegando en su empuje viril hasta la orilla misma del mar, amenazaba con sus puños crispados a aquellos enemigos desconocidos que allá en los mares lejanos, sobre las aguas revueltas y tintas en sangre humana, espe-

rababan a las nuevas presas que les mandaba el destino para saciar sus apetitos inmoderados de rapiña...

Sólo un hombre no les acompañó en aquel alarde de estéril patriotismo. El orador que quiso ha-

blar en favor de la prudencia y de la paz bendita y sacrosanta.

La guerra estaba declarada y los locos de la Gloria iban a entonar el canto de muerte, que se repetirá por eternidad de eternidades...



CAPÍTULO II

EL ALISTAMIENTO

A aquellas deliberaciones, a aquel estallido de cólera del pueblo libre siguió una época de agitación febril.

Se preparaban para la lucha.

Los astilleros de la Unión trabajaban sin descanso, construyendo las presas que no tardarían en caer en poder de los piratas, y en uno de ellos adelantaba rápidamente la construcción de la más hermosa fragata que surcara los mares...

Era toda ella de roble de los bosques vírgenes de la joven América, madera que voluntaria y desinteresadamente arrancaran los hijos del país, como si su esfuerzo fuera el que había de librar a la patria de la vergüenza y el deshonra.

Y meses después, como respuesta de la joven América al desafío de los piratas, se botaba al agua

solemnemente la fragata *Constitución*.

El acto de la botadura fué grandioso... En los astilleros se había aglomerado el pueblo en número considerable, y fué el propio Presidente de la República quien cortó la última amarra y exclamó rompiendo contra el casco del navío la simbólica botella:

—¡Yo te bautizo con el nombre glorioso de *Constitución*!

Podían estar orgullosos de su obra. La *Constitución* era una hermosa fragata de recio roble, que había de imponer respeto a los piratas de Berbería.

Y su entrada en el agua, lenta, pausada, majestuosamente, fué saludada con el silbido de las sirenas, el fragor de las salvas de artillería, el estruendo de las aclamaciones y los vítores, mientras los pañuelos se agitaban en el aire,

T R I P O L I

como si de cada alma surgiese una paloma que quisiera acompañar al nuevo buque en sus andanzas guerreras...

Ya tenían un buque magnífico... Faltaban tripulantes y soldados... Y vino la leva...

La llamada a las armas infiltró en el corazón de la juventud de la naciente República el deseo de abandonar la fábrica, la oficina, la granja...

Recordaban a los héroes de su independencia y cada uno creía sentir dentro de sí el mismo ardor de aquellos que hicieran escribir páginas tan gloriosas de su historia...

No ya la tripulación de una *Constitución*, la de una escuadra completa hubiese salido de sus aldeas y sus ciudades...

En todos los sitios visibles, a la entrada de las grandes urbes y aun de los villorrios modestos, podía leerse estos carteles:

"Todos los caballeros amantes de aventuras y todos los mozos que deseen compartir los honores de la guerra y el botín de la victoria en la presente heroica aventura de la magnífica fragata *Constitución* contra los piratas de las costas de Berbería, deben presentarse en los buques prontos a hacerse a la mar, en Filadelfia, o en

la oficina del Comodoro de la flota, en el puerto de Salem.

Dado en el Palacio del Congreso, el 29 de marzo de 1803."

Y más abajo podía leerse:

"Se autoriza al Comité Naval para que anticipe a los mozos que se presenten para ingresar en los barcos de la flota cualquier suma de dinero, que no exceda de cuarenta dólares, y a cada marinero igual cantidad."

Y entre aquella numerosa falange de aventureros y patriotas que marchaban sin mirar atrás hacia la muerte, disfrazada con el manto dorado de la Gloria, figuraba John Merry, un muchacho alto, robusto, con cara francota y risueña, a quien arrancó de su aldea, tras corta meditación, aquel llamamiento altisonante: "Todos los caballeros amantes de aventuras..."

Y al pasar sus ojos por aquellas líneas, el soñador doncel de cabellera rizada hizo su hato, despidióse sin dolor de su rincón pueblerino y marchó a incorporarse a los aventureros...

La *Constitución* va a hacerse a la vela.

Había embarcado en sus bode-

gas pólvora y balas para volar cien ciudades, y sus hombres de mar y de guerra se sentían capaces de dar la vuelta al mundo bariendo los mares de todos los piratas habidos y por haber...

Mandaba el navío el Comodoro Preble, hombre de aspecto huraño, encanecido en las luchas del mar y que bajo su rostro glacial encerraba un alma toda amor para sus "muchachos".

Sobre la cubierta inmensa, en la que se alineaban temibles las baterías, estaba formada la tripulación de la nueva fragata.

Hombres barbudos, de caras sinistras, curtidas en la guerra, tostadas por el sol y el salitre de las aguas, viejos lobos de mar y fusileros de los primeros tiempos de la revolución, que se reenganchaban indefinidamente, hechos a aspirar el humo de sus pipas sazonado de pólvora...

Junto a aquellos viejos adornados de cicatrices gloriosas se veía a la nueva generación... los guardias marinas imberbes, niños heroicos que gustaban de llevar ceñidas al cuerpo las casacas galeadas y tropezar al andar con los sables relucientes y tintineantes...

Preble pasaba revista a sus cachorros y al llegar frente al pelotón de "gente nueva" murmuró

entre dientes, mirándolos con fiereza no exenta de simpatía, aunque la disimulasen sus modales bruscos:

—¡Guardias marinas!... ¡Bah! ¡Chiquillos inútiles!

Pero se engañaba Preble y pronto había de ver demostrado el error de aquel desprecio.

Entre los nombres de aquellos muchachos, que iba deletreando el oficial que pasaba lista, había algunos que llegarían a ser famosos en la marina americana.

—¡Tomás Magdonough!...

Aquel muchachillo imberbe de ojos de señorita sentimental fué diez años más tarde el héroe famoso de la batalla de Lago Champlain.

—¡Ricardo Somers!...

Un pilluelo con sombrero de dos picos y charreteras doradas, que había de escribir en aquella misma expedición una página gloriosa para su patria en las aguas de Trípoli, enrojecidas por la sangre de tantos mártires...

—¡Jaime Lawrence!...

Héroe, poco después, del combate naval de Chesapeake.

¡Y tantos y tantos otros!...

Preble los iba mirando uno a uno y no dejaba de sentir admiración por aquellos muchachillos que avanzaban hacia la muerte con la sonrisa en los labios.

Sin embargo, al llegar frente a uno de ellos se fruncieron sus cejas y, levantando su mano hasta el pecho del infeliz, le dijo con una voz que era en aquellos momentos peor que una bofetada:

—¡Caballero oficial! ¿Se ha dado usted cuenta de que falta un botón en su guerrera?

El interpelado bajó la cabeza

avergonzado y en aquellos momentos hubiera preferido estar unos cuantos metros bajo tierra...

Su desesperación subió de punto cuando después de romper filas se acercó a él un contramaestre y le dijo, socarrón:

—La primera obligación de todo buen marino es cuidar del uniforme como es debido...



CAPÍTULO III

DIOS LOS CRÍA Y ELLOS SE JUNTAN...

Estamos en la ribera de Salem. Los últimos buques que van a Europa están prontos a levar anclas y los preparativos se hacen apresuradamente.

Como las expediciones guerreras enrolaron en los buques oficiales a todos los marineros ansiosos de aventuras y botín, los buques mercantes—aunque armados en corso—se ven y se desean para reunir tripulación suficiente.

Así no es extraño que Harrison, el contramaestre de la bella *Esther*, preciosa goleta que va a emprender viaje a Italia, esté que el demonio se lo lleva en busca de unos cuantos ganapanes que quieran acompañarle en el viaje, haciéndole más fácil la maniobra.

Y pensando en esto se halla cuando llega a la ribera joyosa John Merry, nuestro campesino aventurero, que anda buscando la

Constitución o por lo menos la oficina de su Comodoro, para alistarse en la gran empresa.

Lleva sus trapitos de los días de fiesta y su hato al hombro y parece mirar a todas partes como atontado...

John se detiene en éxtasis ante la bella *Esther* y sus ojos se fijan amorosos en el mascarón de proa de la nave, una sirena de rostro seductor y cuerpo de Venus traidora...

Harrison se le acerca olfateando negocio y le dice de buenas a primeras:

—¡Hola, muchacho!... ¿Quieres ser marino?... Soy el contramaestre de la goleta *Esther*... Si quieres ver mundo, embárcate conmigo...

—Yo ya quisiera embarcarme, pero...

—¿Tienes miedo?... ¡Bah...

tonto! ¡Si vieras qué mujerío hay en Malta, en Nápoles y en los demás puertos que tocamos!... Esa sirena que tanto te llama la atención es más fea, infinitamente más fea que la más arrastrada fregona del último figón de Nápoles... ¡Qué mujeres!...

Y al sorprender la mirada admirativa de John fija en el buque, le interroga guiñando el tragaluz de su ojo izquierdo:

—¿Verdad que es bonita?...

—¡Sí que lo es!

—Soy su contramaestre. Está a punto de emprender un viaje digno de cualquier caballero aventurero.

¿Habrá oído Harrison lo que en el alma lleva tan oculto John Merry? ¡Aventurero!... ¡Su sueño dorado!... ¡Gloria, honores, fortuna!... ¡Palabras mágicas que tantos cerebros han dejado huécos!

Harrison le ve vacilar y remacha el clavo para que no se le escape la presa.

—¡Vámonos a beber unas copas y me contarás tus proyectos!... Quizá pueda serte útil en algo.

Y ambos se dirigen hacia una taberna vecina.

Al llegar a la puerta los ojos de John se fijan en el llamamiento oficial a los "Caballeros aventureros", y se detiene a leerlo de nuevo.

Pero Harrison, que ve en ello un peligro para sus planes, se apresura a cogerlo del brazo y apartarlo de aquella tentación, diciéndole con tono persuasivo:

—Deja el cartel, muchacho...

—Es que yo quería alistarme...

—Por eso no ha de quedar, hombre... Pégate a mí y yo te llevaré a bordo de la *Constitución*. El capitán es íntimo amigo mío.

John le mira con admiración; y como el pobre infeliz no sabe de barcos y capitanes, se deja llevar y al poco rato los dos nuevos amigos se encuentran sentados ante una tosca mesa a la que no tarda en acercarse el tabernero.

—Tráenos un par de *grog*s dobles...

Es la bebida de los marinos viejos, de los que tienen el gazañate alquitranado.

El tabernero mira con extrañeza al jovenzuelo como pensando por qué querrá morir tan joven. ¡Un *grog* doble aquel cuello de cisne macho!

Pero John contesta a su muda interrogación con estas palabras sencillamente heroicas:

—Tráigame lo mismo que al señor...

El tabernero y Harrison se miran uno al otro y luego sus miradas convergen sobre John como

diciéndose: ¡Qué papalina vas a coger!...

Pero como a Harrison le interesaba que así fuera y al tabernero mientras pagasen le era igual, a los pocos instantes los cuencos de cinc, llenos hasta los bordes, estaban encima de la mesa.

En aquella tasca los concurrentes eran "buenos chicos", un poco quisquillosos, a los que se les subía con frecuencia el mosto a la parte más alta y quizá para aliviar estos dolores solían arrojar a la cabeza, a modo de vehículos de su indignación, los vasos vacíos.

He ahí explicado el porqué los vasos eran de cinc en *El Tridente de Neptuno*, magnífica alberguería de la ribera de Salem.

Los ojos de Harrison brillaron de placer a la vista del líquido *benéfico* (para él el malsano era el agua), y ya se llevaba el vaso a los labios cuando apareció en escena un nuevo e interesantísimo personaje.

Llevaba un sombrero charolado de anchas alas, redondo, como el de los escolares en día de fiesta, de cuyo adminículo resplandeciente emergían unas greñas que quizá peinadas tuvieran el aspecto de melena rizada, pero que en el desconcerto que imperaba en ellas eran una especie de zorros...

Su rostro reflejaba la astucia, la

audacia, una brutalidad simpática, y, sobre todo, un rostro en el que campeaba de continuo una sonrisa socarrona, sonrisa de zorro viejo... Él y Harrison eran tal para cual, con la sola diferencia de que Harrison gastaba bisoné, porque mamá naturaleza tuvo la ironía de ponerle sobre los hombros una bola de billar...

Este personaje se llamaba Bobby y era cabo de cañón de la *Constitución*, aquella fragata fabulosa en la que soñaba hasta despierto el bueno de John Merry, el campesino que se sentía aventurero y tenía sus ribetes — también en sueños — de héroe legendario...

Bobby era antiguo conocido de Harrison, y, al verlo en compañía de aquel muchachote que tenía cara de ingenuo, se acercó, borracho impenitente, a ver si caía algo.

Hay que reconocer que, aparte de la sed, su inseparable compañera, su uniforme de marino de guerra le daba el aspecto de algo líquido, siquiera fuera agua, y agua salada por añadidura...

Ya frente a la mesa se quedó mirando un momento dubitativo a Harrison y, antes de acercarse, murmuró *in pecto*:

—¡Cuidado que es antipático el contramaestre!... Pero es generoso, no se puede negar, y pagará

sin protesta un par de copas a un cabo de cañón...

Y, como lo había pensado, se acercó, bebió y al poco rato, después de trasegar unos cuantos *grog*s, los tres estaban *grog*ys.

El bueno de John Merry se creía transportado al séptimo cielo al verse, él que aspiraba a conquistar la gloria por vía marítima, en compañía de dos auténticos lobos de mar...

Los tatuajes que orlaban el brazo de Bobby causaron en él una admiración extraordinaria, y hasta llegó a creer que aquella pintura simbólica era obra de Anfitrite, la bruja de los mares...

Los dos titanes embreados no han necesitado hablarse para comprenderse... Aquel muchacho puede ser una buena presa... Y quieren dar ante él una muestra de su superioridad...

La conversación versa, como es natural, sobre las condiciones de las dos clases a que pertenecen, y Bobby, atusándose la melena despeinada, dice despectivo:

—¡Que se quiten los marinos mercantes donde hay uno de guerra!

—¿Pero tú eres de guerra?... —le interrumpe su eterno rival—. ¡Tú eres un murciélago!

Se agría la cuestión y, después de un *raid* por los aires de los va-

sos de cinc, y el aditamento a aquel simulacro guerrero de unas sillas que se caen y otras que se balancean en el aire, los dos contrincantes acaban por ponerse de acuerdo...

En el aparte que sigue al restablecimiento de la paz, un guiño de ojos ha bastado para concertar la *entente* y vuelven a sentarse...

Los cinc vacíos son substituídos por otros nuevos, y se reanuda la conversación interrumpida.

Ahora es Bobby el que habla, Harrison el que escucha y John la tercera persona, aun cuando en la mente de sus compañeros sea circunstancialmente la primera. La gramática empieza a resentirse bajo los efectos de los *grog*s dobles.

—¡No hay más barco en el mundo que la *Constitución*!—dice enfáticamente el cabo de cañón.

Aquel nombre glorioso produce en John los efectos del saludable amoníaco, y pregunta interesado:

—¿La *Constitución*?... ¿Es usted su comandante?

—No—contesta el cabo fatuo y engreído—, pero lo que yo mando en ella es ejecutado al punto...

—¡Pues precisamente es el buque que ando buscando!... ¿Podría usted llevarme a bordo?

Bobby se rasca la cabeza, con algún trabajo a causa de las cerdas

lustrosas, y tarda un poco en contestar. Ha faltado a la marcha del navío, y en la actualidad puede considerarse como desertor, por lo que le teme más a su buque que a una borrasca en un botecillo desmantelado.

—No puede ser—contesta tras un momento de vacilación—, porque ayer la hice salir para Boston.

—¿Cómo dejó usted el buque?

—¡Ah! —interviene Harrison—. ¿Esas tenemos?

—Desembarqué para casarme, y cuando lo haya hecho volveré a la fragata.

—¿Volverás?... ¡Ta, ta, ta!...

—ríe socarrón el contramaestre de la goleta *Esther*.

Pero Bobby, ante aquella sospecha tácita que envuelve una ofensa para su honor de marino de guerra, le pregunta amenazador:

—¿Te atreves a insinuar que pienso desertar?

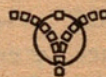
Y surge con más ímpetu que antes la pelotera entre los dos rivales.

En un descuido del joven Merry, Harrison le dice a Bobby *sotto voce*:

—Si me ayudas a meter a ese pazguato a bordo de la *Esther* te pagaré cinco chelines...

Y el pobre John Merry, inocente de lo que contra él se trama, sigue bebiendo su *grog*, al que ya empieza a tomarle el gusto, y escuchando las conversaciones de aquellos dos genios líquidos...

Y así, cuando tras libaciones copiosas salen de la tasca, al mismo Onofroff le sería imposible adivinar cuál está más borracho de los tres...



CAPÍTULO IV

LA "ESTHER" AUMENTA SU TRIPULACIÓN

Entretanto, a pocos metros de allí, en el muelle de Salem, tiene lugar otra escena que ha de influir poderosamente en el futuro destino de nuestro joven amigo John Merry.

El armador de la goleta residía en Italia y su hija aprovechaba aquel viaje para reunirse con él.

Mary era una muchacha encantadora... Rubia como el oro, la negrura de sus ojos era un contraste extraño en aquella cara de raso.

Pero aun más que sus pupilas era el mirar de ellas lo que fascinaba... Se diría que allá dentro, en la cuenca violácea había edificado su nido el amor, y a cada movimiento de los párpados entreabría los ventanales del misterio bendito. Su talle esbelto, su cuerpo de mujer hecha, daban con su con-

junto más valor aún a aquella fortaleza del beso...

Mary sobre el mar haría palidecer de envidia a las sirenas...

La acompañaban viejos servidores y el capitán tenía a orgullo el llevar a su bordo aquel cargamento de carne tentadora...

—¿Y no le teme usted al mar, señorita?—preguntó el rudo marino.

—¡Oh! Los temporales no me espantan... A mí lo que me da miedo son esos terribles piratas del Mediterráneo.

—¡Qué piratas ni qué tiburones! Cuando la *Constitución* y la *Filadelfia* lleguen al Mediterráneo, no quedará un moro para contarlos.

El tío de Mary, para distraer la conversación hacia otro rumbo, alargó al marino un barrilito de

regulares dimensiones, diciéndole:

—Capitán, aquí le regalo este barrilito del mejor ron de Jamaica, que he logrado pasar de contrabando.

—Lo acepto reconocido... Es el compañero único en los momentos de peligro...

Y cambiado aquel reconstituyente de flaquezas inconfesables, añadió el donante:

—Y ahora rezaremos un plegaria por el feliz éxito de este viaje...

Y, descubiertos los que se iban y los que se quedaban, el Avemaría resonó sobre el muelle, llevando su dulzura hasta las velas de juanete...

En aquel momento llegaban nuestros tres bebedores de *grog* dobles, iniciando una caprichosa serpentina...

—¿Qué hacen éstos ahí? ¿Quién es esa mujer?—preguntó Bobby, ceceando bastante.

—Es la hija del armador, que va a Italia a reunirse con su padre—contestó Harrison...

Por su parte, John Merry se quedó mirando a la muchacha alelado, con la boca abierta...

¡Aquel era el mascarón de proa que había tomado movimiento por algún milagro portentoso!...

Y como ella le había visto, el hado que teje y desteje vidas y

forja quimeras empezó una de sus obras más completas...

Pero Bobby frunció el entrecejo y, dirigiéndose a Harrison, le dijo colérico:

—¡Guárdate tus cinco chelines!... ¡No quiero embarcar a este pobre muchacho en un barco que lleva mujeres!...

—¡Es que yo quiero embarcarme!—exclamó John, que ahora más que nunca, al ver subir la plancha a la rubia Mary, creía en su sino de aventurero.

—¡Ah! ¿Tú lo quieres?... ¡Pues hágase tu santa voluntad, palomino atontado!... En el pecado llevarás la penitencia.

Y los tres pies para un banco subieron a su vez a bordo de la bella *Esther*, que se disponía a levar anclas con destino a Italia la poética, la que dió el ritmo de las grandes pasiones...

Como un saco fué John Merry a caer en la bodega del buque y como otro saco no tardó Bobby en seguirle... El *grog* empezaba a surtir sus efectos...

Así, cuando el capitán preguntó a Harrison, refiriéndose a su reclusa de marinos:

—¿Cuántos pescaste?

Al pronto contestó señalando a John:

—¡Uno!...

Pero al ver que Bobby iniciaba

el descenso por la escalerilla que conducía a los camarotes, añadió:

—¡Dos!

Y, bajando a su vez tras aquel bocoy ambulante, no tardó en apostentarlo convenientemente.

La borrachera del cabo de cañón de la *Constitución* era verdaderamente epopéyica...

A poco de su entrada a bordo, la *Esther* termina su maniobra y va separándose lentamente del muelle, en donde se agitan los pañuelos en una despedida que tiene algo de adiós eterno...

Salir en aquella época de cualquier puerto del mundo para ir a cruzar el Mediterráneo era ir a una muerte segura o por lo menos a una cautividad que tenía muchos puntos de contacto con aquélla...

...

Ya en alta mar, la *Esther* navegaba viento en popa, con un tiempo excelente, y es quizá aquel balanceo suave, aquel vuelo magnífico de la gaviota emperejilada, con sus albas velas al viento, lo que hace que el vapor del vino se disipe en el cerebro de John, siquiera sea parcialmente, y suba a cubierta...

Algo han contribuido a esta metamorfosis unos puntapiés amistosos de Harrison, que, sin saber por qué, le ha cobrado cariño a aquel chiquillo.

John Merry pasea sus miradas

por el mar, verdaderamente encantado de verlo tan hermoso, y luego van a posarse sobre la arboladura de la goleta, que extiende sus alas perezosa y como sabiéndose mirada...

Sin embargo, pronto, tras un esfuerzo supremo para retener su atención, el sobrejuanete de mesana inicia la mueca de sus rizos... La pobre *Esther* ya no es el blanco de las miradas del muchacho apetitoso...

Merry ha visto apoyada en la cubierta de popa a la rubia Mary...

Es ella la que recoge sus miradas; y el pobre, embobado, atraído por aquella sirena de carne y hueso, va hacia ella como si le empujase una fuerza irresistible y misteriosa...

Harrison, que le ha visto y adivina su intención, le dice malicioso:

—Muchacho, no subas a la cubierta de popa, que allí nadie te llama...

Pero, como viejo marrullero, le deja ir, para reirse después a su costa, mientras prepara el aparato de las duchas: un cubo de tela...

John Merry no hace caso de aquella advertencia saludable y, siguiendo el imán de los ojos de la hermosa, sube a la cubierta y se dirige hacia Mary...

No puede llegar... Entre él y la muchacha se interpone la visión mucho menos celeste del piloto, un hombre fornido que manda con las manos porque le molesta el contacto de la bocina de órdenes...

Y un puñetazo maestro hace bajar a John las escaleras de un salto, yendo a caer sobre la cubierta completamente *groggy*.

La ducha refrigerante de Harrison, el cubo de agua que cae sobre su rostro maltratado, le hace recobrar los sentidos y volver de su sueño de un minuto...

Ella tiene la cara divina... A él se la han puesto un poco triste...

Como un guñapo lo llevan a la bodega; y Harrison, después de referir la aventura del joven tenorio, dice en chungu a sus compañeros:

—De ahora en adelante tendremos que llamarle Comodoro, pues acaba de bajar de la cubierta de popa... ¡Ja, ja, ja!...

Y todos le hacen coro en sus ruidosas muestras de hilaridad.

—¡Sí, cayó por las mujeres!... ¡Le gustan las faldas!... ¡Infeliz!

Y como Harrison, cuando está alegre... y cuando está triste, todo lo arregla con vino, hace llenar los vasos y exclama empuñando el suyo repleto hasta los bordes:

—¡Bebamos todos a la salud del Comodoro!

Y en un momento la bodega se convierte en una sucursal de la torre de Babel...

A la algarabía se despierta Bobby, que estaba hasta entonces cejorro perdido, y grita furioso al verse interrumpido en un sueño venturoso en el que se veía comandante general de mar y tierra:

—¿Qué gallinero es este? ¿Es que no se puede dormir en esta casa?

—¿Y por qué la has escogido, imbécil? ¿Es que vas a venir a dictarme leyes?—le contesta, burlón, Harrison.

—¡Pulpo asqueroso! Si estoy aquí es porque tú me metiste a bordo cuando yo no podía valerme... ¡Si no!...

—¡Bebe y calla, mastuerzo! ¡Ah! Y gracias por ayudarme a meter el mocito a bordo...

Y Harrison alarga a su compañero su *grog* correspondiente, pero en el momento en que va a cogerlo lo retira con presteza y desaparece en el interior de su panza insaciable...

Más que el verse en aquella madrugada irrita a Bobby aquella burla alcohólica, y, saltando de su petate, saludado por las burlas groseras de toda la tripulación, cae sobre Harrison y la escaramuza degenera en batalla campal.

En pocos momentos el vengativo cabo de cañón se hace el amo del cotarro, y, después de haber zurrado a diestro y siniestro, se queda en jarras y grita amenazador, olímpico:

—¡Si tenéis que navegar conmigo, yo os enseñaré a tenerme respeto! ¡Aquí no hay más gallo que yo! ¿Lo oís, gallinas?

Pero en aquel momento una voz más irritable y más irritada que la suya retumba como un trueno...

Es la del capitán.

—¡Mal tiempo tenemos!—se dice a sí mismo mirando al cielo y fijándose en el mar que ha empezado a rizarse de un modo sos-

pechoso—. ¡A ver!...—añade precipitándose a la escotilla y llamando a gritos a la tripulación—. ¡Todo el mundo a cubierta a rizar velas!...

Los hombres tardan en subir... La escena anterior ha congregado en torno a los actores principales a toda tripulación y, como todos quieren llegar a un tiempo, tardan más en ejecutar la orden.

Y la voz del capitán truena de nuevo:

—¡A cubierta, holgazanes!... ¡El último en llegar probará el látigo!

Y, como son varios los últimos, son varios los latigazos...



CAPÍTULO V

LA MALA SUERTE DE LAS MUJERES

El mar, hasta entonces tan pacífico, ha sentido la tentación de mostrarse rebelde y sus ondas se han rizado de un modo poco tranquilizador...

La *Esther* se balancea bruscamente y con la cabellera de sus velas al aire parece emborracharse con la tempestad... Aquella borrachera puede ser peligrosa.

El champán de las olas empieza a invadir la cubierta y se impone la doma de aquellos pelos revueltos... Hay que peinar la melena destrenzada...

Y los gavieros se encaraman a las vergas, trepan a lo alto de los palos, hasta los juanetes, y empiezan a aferrar las velas, los pelos sueltos de la desgredada *Esther*...

Entretanto John Merry, que ha huído del jaleo de la bodega y siente en el estómago el cosquilleo del hambre, se ha deslizado hasta la cocina y dice al cocinero, un negrazo hercúleo, que tiene un perol por cara:

—¡Buenos días! ¿Está preparado el desayuno?

Y es en aquel momento cuando la voz del capitán le ofrece el panecillo de un látigo...

¡Pobre Juan Merry! La punta de los palos no le parece el camino más directo para llegar a la gloria.

Pero le consuela el sentirse mirado cariñosamente por Mary... por aquel ángel que se ha aparecido en su camino y le ha hecho

pensar que hay algo mejor en el mundo que doña Aventura Bélica: ¡Doña Aventura Amorosa!...

Y el pobre campesino que hasta entonces posó sus pies desnudos en la tierra firme, la que no sabe de balances y de espuma traidora, se encarama como puede y trepa por los obenques, aferrándose como un gato y demostrando en aquellos menesteres una habilidad y sobre todo un desprecio del peligro de los que él mismo nunca se hubiera creído capaz...

Ya llega a lo alto... Ya desdriza una vela... Está a gatas en la gavia y, ayudado cariñosamente por Bobby, que le compadece doblemente por creerse el culpable de lo que cree su desgracia, llena cumplidamente su deber...

Cuatro ojos lo contemplan desde abajo... Los del capitán, que se ha fijado en aquel muchacho valeroso y diestro... y los de ella... los del mascarón de proa hecho carne, que sigue ansiosamente sus movimientos, temblándole los labios como si rezara...

¡Sabe Dios qué pensamientos bullirán en aquella cabecita loca!...

Y John el intrépido, por mirarla a ella está más de una vez a punto de romperse la cabeza...

Por fin termina la maniobra y la nave, con la cabeza más ligera,

disminuye el cabeceo y parece más razonable...

Esther con raya en medio, convenientemente recogidas las gudejas, tiene mejor ver, es más juiciosa...

Al bajar de las gavias, Merry encuentra al capitán, que le felicita por su destreza:

—¡Muy bien, muchacho!... Verás como hacemos de ti un buen marinero...

—Gracias... No deseo otra cosa...

—Pues eso es lo principal.

John, satisfecho del cumplido y aferrada en el cerebro la imagen de aquella mujer encantadora, se queda un momento como un poste mirando al mar...

Pero como para efectuar la maniobra se ha quedado casi en cueros y el frío arrecia, piensa en entrar en calor; y, comprendiendo que el único sitio donde puede encontrar fuego es la cocina, allá se va decidido y ante el estupor del cocinero—un negrazo hercúleo, un verdadero rey de la sartén—empieza a calentarse tranquilamente los pies al amor del más encendido de los fogones.

—¡Eh, amiguito!—gruñe el negro, acercándose de mal talante—. Ve a calentarte los pies en cubierta... allá arriba...

—Hombre, no creo que te estorbe por ello... Se está mejor aquí...

El negrazo se le queda un momento mirando, como dudando de qué manera contestarle, si con la boca o con los pies; pero al fin opta por lo primero, porque cree haber descubierto un expediente compensador. Y, cogiendo un canasto lleno de patatas, se acerca al intruso y le dice autoritario:

—El que quiere viajar en la cocina tiene que pagar su pasaje... Conque... manos a la obra y de prisita... ¿eh?

John Merry sonríe satisfecho: aquello es más fácil que subir a las gavias.

Y sentándose frente a su oficina empieza su labor...

Pela, pero pela lentamente, porque, minucioso en todas sus cosas, quiere hacer el trabajo a conciencia...

Sin embargo el cocinero, aunque satisfecho de su docilidad, no lo está tanto de la rapidez en la labor; y, acercándose y dándole antes una lección práctica, le dice:

—Pelándolas se pierde lo mejor... y se pierde tiempo... Ráspalas.

Y mientras el aprendiz de héroe pela la prosa de la vida, las patatas, allá en cubierta Bobby,

descendido de su pedestal glorioso, le dice compungido a su compinche el socarrón Harrison:

—¿Qué te parece? ¡Un cabo de cañón haciendo baldeo!... ¡Qué vergüenza!...

—Vergüenza sentirás cuando te den doscientos azotes por desertar de la *Constitución*...

Y una vez más están a punto de llegar a las manos aquel par de acémilas de cara tostada...

Mary entretanto busca con la vista a John... Por fin acierta con su escondite y la muchacha se presenta de improviso en la cocina...

Haciéndose la distraída, como no queriendo dar a entender por qué ha bajado allí, se acerca al fogón donde hierve el agua en la marmita.

El negro hace un gesto de desagrado y murmura tocando hierro:

—Cuando una mujer mira dentro de una olla que está hirviendo, trae mala suerte.

Mary poco a poco va acercándose a John, hasta que por fin, parándose a su lado, le pregunta cariñosa:

—¿Qué hace usted?...

—Ya lo ve... Pago mi pasaje de cocina... Raspo patatas...

—¡Pero hombre de Dios!... ¡No pierda el tiempo lastimosamente raspándolas!... ¡Pélelas!...

—¿Usted cree...? — contesta John comiéndosela con los ojos.

—¡Claro, hombre, claro! ¡Pélelas! ¡Al demonio se le ocurre...!

—Pero si el negro me dijo...

—¿Y qué sabe el negro?...

Y mientras John, obediente, empieza a bordar la piel de la patata con el filo de su cuchillo, el negro en su rincón murmura:

—¡Mujeres a bordo... mala suerte!...

Mary se marcha... Por su gusto no se iría... ¿Qué fuerza misteriosa la atrae hacia aquel hombre desconocido?...

¡Vaya usted a saber! ¡El diablillo del amor que no puede estar quieto un momento, ni aun en la cocina de una goleta!

Pero por fin se decide; y mientras la niña ingenua sube la escalera que conduce a la cubierta, el cocinero enemigo del bello sexo sigue repitiendo su cantinela:

—¡Las mujeres traen mala suerte en todas partes! ¡En el mar y en tierra!

—¡Bah! ¿Usted cree...?—pregunta John con la más candorosa de sus sonrisas y la cabeza vuelta hacia la escalera afortunada...

—¿Que si lo creo?... ¡La mejor de ellas colgada... y con mordaza, para que no pueda ni aun pedir auxilio!

.

Y por fin la bella *Esther*, después de días y más días de navegación, en que los ojos de los dos enamorados fueron diciéndose todo el secreto de sus almas sencillas, franqueó el estrecho de Gibraltar y entró en el Mediterráneo azul, el de las ondas sonrientes, besadas por el sol más ardiente, más caricioso, más enamorado...

Al pasar junto al peñón el capitán prudente, que sabía que había llegado a la guarida de los piratas y no quería que le cogieran desprevenido, ordenó a su gente:

—¡Desenfundad los cañones!...

Aquella orden hizo reaparecer la sonrisa en los labios hinchados del buen Bobby, y, como un chillico a quien tras un castigo prolongado le dejan su juguete favorito, corrió hacia el primer cañón que halló a mano.

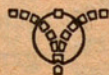
Al quitarle la funda lo miró con arrobo al principio, pero pronto se pintó en su rostro curtido una mueca de desdén y, dirigiéndose a Harrison, que le ayudaba en la faena, le dijo:

—No está mal como juguete, pero habrías de ver la *Ronda Lucía*... Aquel sí que es un cañón...

En aquel momento la voz del capitán evitó una respuesta algo irrespetuosa del quisquilloso contramaestre de la *Esther*, que no perdonaba ocasión de humillar al presuntuoso cabo de cañón de la *Constitución*.

—¡Arriba, a las gaviatas! ¡A soltar trapo!

Una brisa fresca empujaba la goleta y había que aprovechar aquella ayuda para franquear lo más pronto posible aquella zona peligrosa...



CAPÍTULO VI

LA BOCA DE LAS SIRENAS

—No se preocupe por los piratas, señorita...—decía sobre la cubierta de popa el capitán de la *Esther* a Mary—. La *Constitución* y la *Filadelfia* deben a estas horas haber limpiado el mar de ellos...

Y lo que no sabía el capitán era que mientras la *Constitución* limpiaba fondos en Nápoles, después de una larga travesía y algunos encuentros afortunados, la *Filadelfia* perseguía a un barco pirata hasta el interior de la misma bahía de Trípoli, con tan mala fortuna, que embarrancó en un banco de arena.

En un supremo esfuerzo para aligerarla, su comandante mandó arrojar sus cañones al mar, y, sin defensa posible, los piratas se apoderaron de ella.

.....

El trabajo más fácil que Harrison había buscado para Bobby era embrear los obenques...

Y, como siempre, en aquel trabajo al que no estaba acostumbrado el señor cabo de cañón, encontraba motivos para burlarse de él:

—¡No seas chapucero! ¡Embrea las cuerdas como Dios manda!

—¡El día que se me acabe la paciencia me las pagarás todas juntas!—gruñía el tráfuga de la *Constitución*.

En aquel momento se deslizaba airoosamente a lo largo de una cuerda, viniendo de las gaviatas, el "novato" John Merry, que al cabo de dos lecciones prácticas parecía no haber hecho otra cosa en todos los días de su vida.

Harrison, para humillar más a su enemigo, le dijo señalándole al muchacho:

—En toda tu vida no serás tan buen marinero como lo es ahora ese muchacho. Eres un tonto presumido e inútil.

También el capitán había seguido atentamente los progresos de Merry y también le vió bajar de lo alto del palo de mesana.

Encantado de sus buenas disposiciones, llamó a Harrison y le dijo:

—Enséñale a ese muchacho a manejar la rueda del timón. Me parece que haremos algo de él.

—¡Es listo el rapaz!—contestó el contramaestre.

Y obedeciendo las órdenes de su jefe llevó a John a popa y, despidiendo al marinero que estaba de guardia, le dijo mostrándole el artefacto giratorio:

—Verás, muchacho. No puede ser más sencillo. ¿Ves allí arriba el sobrejuanete de mesana? No quites de él la vista un momento, y cuando veas que se riza haz dar vueltas a la rueda hasta que el lienzo se hinche de nuevo. ¡Así!... ¿Ves qué sencillo es?

—¡Pues es verdad!—exclamó Merry admirado y contento de que empezasen a fijarse en él.

Y entregado con alma y vida a su tarea, soñó en unos instantes que era un marino famoso que dirigía su bajel hacia el camino florido de la victoria...

Pero...

De sus sueños vino a sacarle algo que vió a poca distancia de él... cerca del puente, en la cubierta de popa...

Era Mary, con su cabellera de oro revuelta por la brisa juguetona...

John se sentía mal... Miraba al sobrejuanete... y la miraba a ella... Más tiempo a ella que a la vela indicadora...

Y más de una vez tuvo que hacer girar apresuradamente la rueda porque el maldito sobrejuanete de mesana parecía con sus arrugas juguetonas reírse de él a carcajada batiente.

Harrison, satisfecho de tener un buen discípulo que le hacía pasar plácidamente su guardia, se había acurrucado en un rincón al abrigo del tiempo y fumaba su vieja pipa, sonriendo a aquel diablillo de muchacho que iba conquistando el derecho de subir al puente y de que le llamaran sin chunga Comodoro...

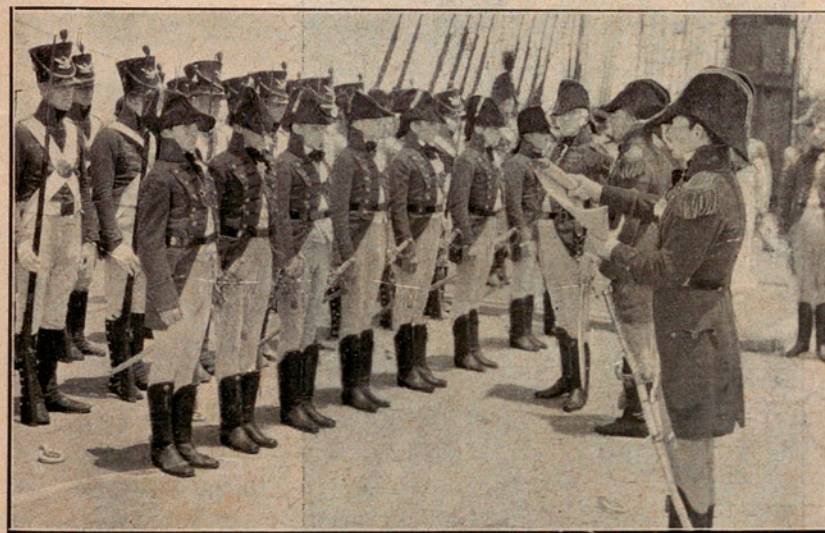
—¡El demonio del crío ese! ¡Con un maestro como yo llegará lejos!

Pero la que llegó lejos en aquel momento fué la rueda de gobierno.

Merry, absorto en la contemplación de la hermosa, había abandonado el artefacto, tendiendo los brazos hacia aquella sirena de ca-



Se botaba al agua solemnemente la fragata *Constitución*.



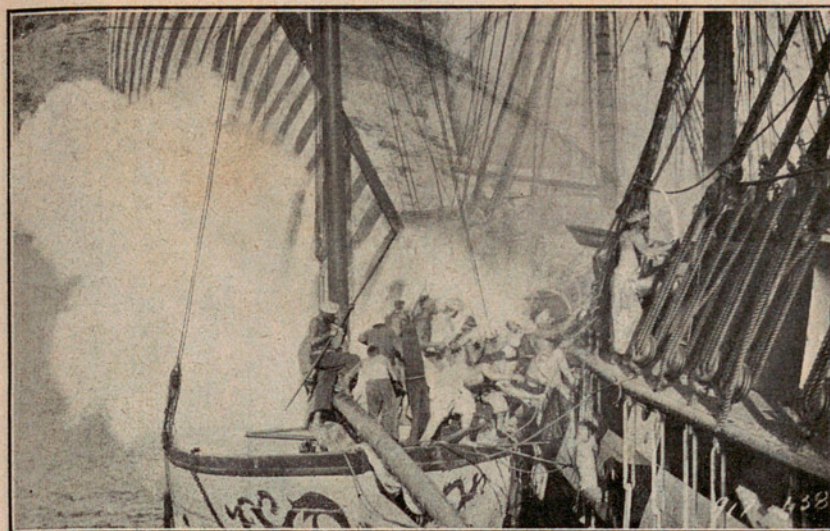
Entre los nombres de aquellos muchachos...



Y el pobre John Merry, inocente de lo que contra él se trama...



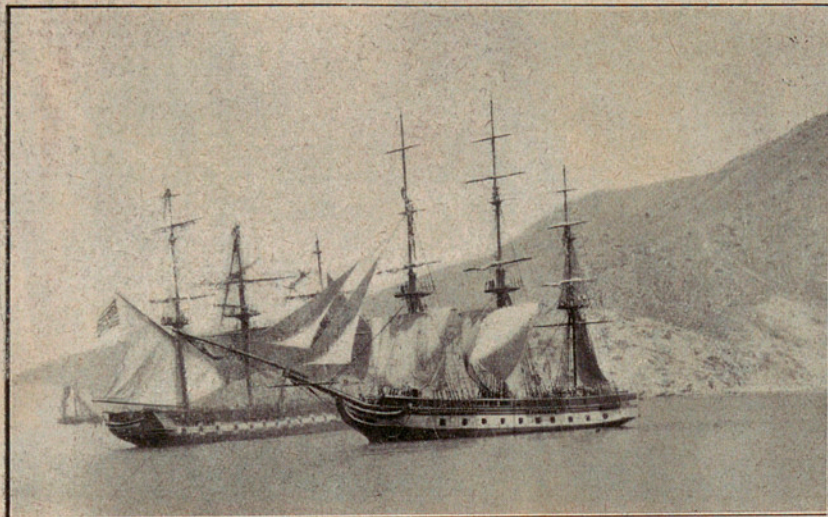
Mary era una muchacha encantadora...



Son muchos, muchos, incontables...



La *Esther* es una presa más de los piratas berberiscos...



Tras el pesado remolque llegaron por fin a la bahía de Trípoli.



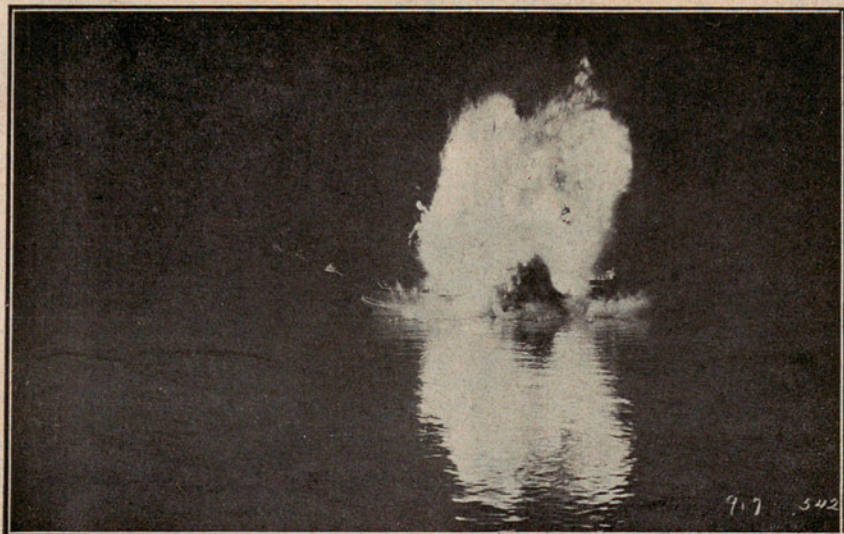
..fueron adjudicados en lote.



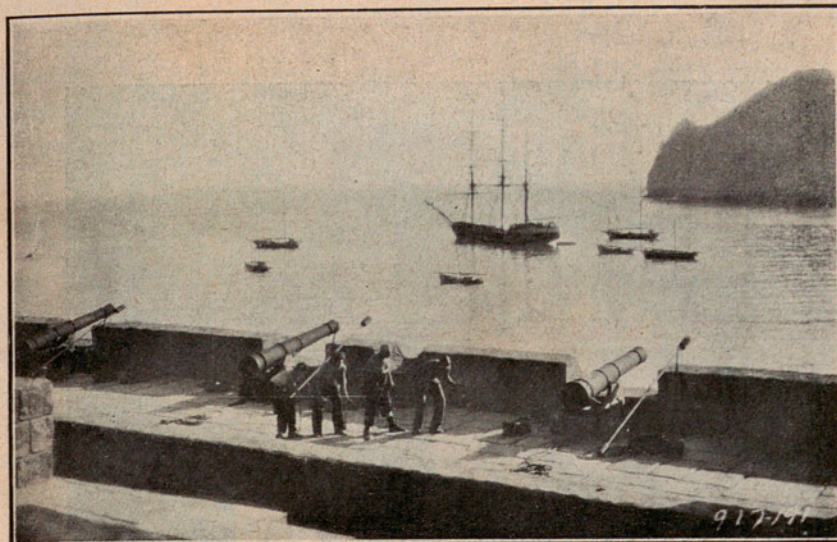
...hasta la gran plaza de Trípoli...



Y allá fueron camino de las mazmorras...



Y la *Filadelfia* quedó destruída.



Llegaron a la muralla ..



¿ Pero de qué sirve la vida si se ha de pasar en aquel estado de animalidad obligada?



Y en el silencio de la noche empezaron a resonar los golpes...



...sus labios se juntaron en la embriaguez de aquel momento de amor...

T R I P O L I

bellos de oro y boca roja como la amapola entre los trigos...

Y gracias a que Harrison accedió con presteza no ocurrió un serio desaguisado.

—¡Eh! ¡No sueltes las manos de la rueda, renacuajo de agua dulce! ¡La he cogido de milagro!

—¡Perdón! Es que...

—¡Zopenco! ¿Te crees que no he visto lo que mirabas? ¡Al sobrejuanete y deja ese mascarón maldito!

Volvió John a su rueda y a su velita rizada y trató de resistir la tentación no mirando hacia donde estaba la hermosa...

Inútil empeño.

Mary, cansada de ver que no la miraba, se fué acercando, acercando, hasta llegar a colocarse frente a él...

La tentación era poderosa, pero el deber lo era más y hasta la miró casi huraño.

Pero no... Ella no tenía la culpa de habersele metido tan adentro en el alma... Y, además, ¡era tan bonita!...

Harrison se había quedado dormido con la pipa en la boca... La guardia tocaba a su fin... Unos minutos más y John podría hablar libremente con ella...

La tentación movió los labios divinos...

—¿Cómo se llama usted?...

—¡John Merry!—contestó él sin separar los ojos del sobrejuanete.

—¿Entonces, por qué le llaman Comodoro?...

¡Demonio de chiquilla! La miró la fracción de un segundo.

—Esas son bromas de esos imbéciles... Porque me echó del puente el capitán.

Un momento de silencio. La vela estaba tensa. Podía dejar de mirarla un rato. Y los ojos de John se clavaron en las pupilas aterciopeladas de Mary.

—¿Es usted la niña del mascarón de proa?...

—¡Ja, ja!—rió complacida.

Y la doble hilera de sus dientes menuditos fué en la obscuridad de la noche como un espejo que cegara sus pupilas...

Huyendo a la tentación miró a lo alto... y apretó nervioso la rueda del timón entre sus manos.

Pero... la tentación no estaba satisfecha.

—¿Por qué me ha preguntado usted eso?

—Porque aquella me gusta mucho... aunque no es tan bonita...

—¿Tan bonita como quién?...

Y estaba cerca la indina... Tan cerca que sus bocas casi se tocaban...

Un ronquido sonoro de Harrison le recordó su deber; y tras

una mirada rápida al endemoniado sobrejuanete, tuvo que dar más de una vuelta a la rueda. La *Esther*, abandonado el gobierno unos instantes, casi se había puesto de través.

—¿Quiere marcharse?—gruñó casi enfadado.

—¿Por qué?...—preguntó la niña con la más picaresca de sus sonrisas.

Dulcificó él algo el tono brusco que empleara antes y contestó sin mirarla:

—Me hace distraer y puedo perder el rumbo...

Mary le miró intensamente y luego de pronto se apartó algo de él y, llamando de nuevo su atención, le dijo, pícara:

—¿Teme usted que el piloto vuelva a echarlo de aquí a punta-piés?...

¡Aquello era demasiado! ¡Al diablo el sobrejuanete y la rueda del timón!

Y John Merry, perdida ya por completo la cabeza, saltó como un tigre hacia ella y, estrechándola en sus brazos, bebió en su boca la embriaguez divina del primer beso...

—¡Nunca creí que las sirenas del mar tuvieran la boca tan dulce!—exclamó durmiéndose en sus ojos...

Pero un estrépito formidable vino a sacarlo de su éxtasis de amor.

La rueda abandonada giraba con una rapidez vertiginosa y la *Esther*, abandonada a sí misma, se había colocado de través, embarcando el agua a toneladas y proporcionando a su tripulación un baño improvisado.

Rodaron al choque imprevisto los hombres por cubierta; y en el momento en que Harrison se precipitaba a la rueda para enmendar el yerro de su discípulo, y Mary, asustada de las consecuencias de su travesura, le gritaba a John: “¡Váyase! ¡Corra! ¡Escóndase!”, llegaba fuera de sí el piloto barbotando maldiciones...

—¡Animal! Cuando acabes la guardia vendré a hincharte las narices!

Y se retiró refunfuñando, mientras el testarudo contraestre mascullaba indignado:

—¡En cuanto coja a ese renacuajo lo hago papilla!

CAPÍTULO VII

LA CAPTURA DE LA “ESTHER”

La *Esther* ha recobrado su rumbo, pero sus velas, antes hinchadas por el viento, penden ahora lacias...

El sobrejuanete ríe, ríe silenciosamente en lo alto del palo de mesana.

Y a la calma acompaña una niebla espesa que no permite ver a más distancia de dos metros.

Ha terminado la guardia. En el sollado los marineros distraen sus ocios ruidosamente. Harrison está en un rincón, cabizbajo. No ha podido digerir aún la reprimenda del piloto.

De pronto baja un marinero y le dice, burlón, al contraestre enfurruñado:

—¡Ahí viene el piloto a aplastarte las narices!

—¿A mí?—contesta Harrison poniéndose en pie de un salto.

Y, remangándose las mangas de la camisa, se coloca frente a la escalerilla, diciendo retador:

—¡Cuidado no se las rompa yo a él!

—¿Tú? No te atreves.

—¿Que no? ¡Ahora veremos quién de los dos es el más guapo!

Por la cubierta, en efecto, adelantaba el piloto, dispuesto a cumplir su amenaza por el descuido de la guardia...

Y cuando ya tenía un pie en la escalerilla, John, que sospechaba a lo que iba y esperaba aquel momento, le detuvo por un brazo:

—¡No... por Dios! ¡No le pegue... piloto!... ¡Yo tuve la culpa!

—¿Tú?... ¿Y te atreves a decirlo, imbécil?

Y el piloto se volvía hacia él con los puños cerrados.

—Sí, señor... Solté la rueda del

timón estando de guardia... y él me ayudó a sujetarla...

Pero en aquel momento el burlón Bobby, queriendo hacer una gracia, intervino en la conversación:

—A lo que le ayudó el mastuerzo ese fué a darle un beso a la niña de la cámara...

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos? ¿No te bastó lo del otro día? ¡Pues toma!

Y el puño monstruoso del piloto se aplastó en plena cara del pobre Merry, que fué rodando por la cubierta como un pelele...

John se incorporó a medias y allí en el puente vió ante él la cara asustada de Mary, que le miraba, le miraba intensamente pálida...

Y en sus oídos resonó otra vez la voz burlona:

—¿Teme usted que el piloto vuelva a echarlo de aquí a punta-piés?

Y de un salto, rabioso, descompuerto, se lanzó sobre el piloto golpeándole con furia...

¡Pero era el más débil y dos, tres veces rodó por el suelo alcanzado por las manazas del gigante...

Su valor no sirvió de nada... y como un guiñapo quedó tendido sobre cubierta con la cara ensangrentada, roto, deshecho...

—¡Esto te enseñará a no me-

terte donde no debes, granuja!— rugió su enemigo—. Y esto por ahora... Después ya me las entenderé contigo...

Todos se han ido... Lo han dejado solo tendido en tierra, medio muerto...

¿Pero qué le importa si allí está ella?...

Mary ha corrido hacia su marinerito valiente, hacia el hombre amado, y, cogiéndolo amorosa entre sus brazos, enjuga la sangre que desfigura su cara de muchacho hermoso, prodigándole palabras de consuelo.

—¡Pobre John!... ¿Le ha hecho mucho daño, verdad?...

—¡No... no es nada!...

—Y todo por mí...

—No...

—¿Pero qué ha pasado?

—¡Yo no tuve la culpa, Mary! Él comenzó...

—¿Por qué le pegó usted? ¿No ve que es un bestia?

Y entonces John, mirándola intensamente, con sus ojos medio cegados por el dolor y las lágrimas, contestó muy quedo acercando su boca a la suya:

—¡Porque... tenía que hacerlo... Mary!...

Y otra vez sus bocas se juntaron y bebió el pobre el bálsamo de amor purísimo que cura todas las heridas...

...

La goleta, abandonada a su propio impulso, se desliza suavemente en la niebla. El paraje, sin saberlo sus tripulantes, es quizá el más peligroso en el Mediterráneo.

A pesar de todo el buque ha sido visto por los piratas y a cubierto de la niebla, con los remos silenciosos, van acercándose a la *Esther*...

Duermen todos a bordo... Es noche cerrada y el enemigo llega...

Cuando los vigías quieren darse cuenta, los terribles infieles se desbordan como un río sobre la cubierta del buque... Son muchos, muchos, incontables, y en unos instantes los esfuerzos desesperados de los americanos son ahogados por la fuerza del número.

La *Esther* es una presa más de los piratas berberiscos e irá a hacer compañía a la serie de galeones anclados en la siniestra bahía de Trípoli.

Mary cae como todos en poder del enemigo, doblemente terrible para ella porque están en juego su honra y su vida...

Los amantes se ven cautivos y nada pueden hacer por ayudarse mutuamente.

Y mientras en los labios de la joven hay una sonrisa dolorosa para el cautivo, un adiós desespe-

rado en el momento en que sus raptos van a llevársela, el pobre John se debate entre los entes siniestros que truncan su idilio venturoso...

...

La tripulación de la goleta ha sido transportada a las barcasas y ahora están todos en los remos, remolcando a la *Esther* hacia la bahía de Trípoli, en donde ya se encontraba, junto con otros buques mercantes de diversas nacionalidades, la fragata de guerra americana *Filadelfia*, embarrancada y en poder de los piratas de Berbería.

Cuando a las primeras claridades del alba llegaron a la bahía trágica, los cautivos se restregaban los ojos no queriendo dar crédito a lo que veían.

En el mismo remo, como si los musulmanes hubiesen adivinado la gran *simpatía* que les unía, bogaban Harrison y Bobby.

—¡Diablo!—gritó el primero—. ¡Es la *Filadelfia*, apresada por esos malditos piratas!

—¡La *Filadelfia*!... ¡Pero cómo!

Los árabes que, látigo en mano, vigilaban a los remeros, empezaron a cruzar entre ellos bromas groseras y soeces.

—¿Qué están diciendo esos condenados?—preguntó Bobby.

—Dicen que no les costó ningún trabajo capturar la *Filadelfia*, porque los marinos americanos no sirven para combatir.

—¿Y eso lo dice ese barril con bigotes? ¡Maldito sea!... ¿Que no servimos?

Y primero Bobby y luego todos a una intentan levantarse de sus

bancos y hacer tragar aquellas palabras a sus odiados enemigos.

Intento vano... Lo único que consiguen, encadenados como están, es recoger una siembra de latigazos... y volver a los remos, acompañados ahora en su pesado ejercicio por la música de los golpes y el concierto de las maldiciones...



CAPÍTULO VII

LA VENTA DE ESCLAVOS

Aquella penosa marcha tuvo un epilogo más terrible aún que la misma humillación del cautiverio.

Tras el pesado remolque llegaron por fin a la bahía de Trípoli.

Los cautivos, a empujones, a golpes, casi a rastras, fueron desembarcados y llevados por las calles, sufriendo a su paso los insultos groseros de un populacho inculto, hasta la gran plaza de Trípoli, donde los piratas realizaban el repugnante espectáculo de la venta de sus cautivos al mejor postor.

Y si aquella operación era odiosa en cuanto se refería a los hombres, el acto de la venta de las mujeres sobrepasaba a todo cuanto de indigno se pudiera sospechar.

Las infelices eran subidas al tablado donde estaba el rematador

y adonde acudían los mercaderes a justipreciar la mercancía.

Todo postor, antes de adquirir el género tenía el derecho de constatar su calidad... Y las pobres mártires se veían manoseadas por aquellos verdugos, rasgadas sus vestiduras, al descubierto sus desnudeces ante una multitud ebria de lujuria y de malos deseos, que dedicaba su carne virgen a la satisfacción de los más insanos apetitos...

¡Y ay de la que intentaba resistirse!... ¡El látigo flagelaba sin piedad sus espaldas desnudas hasta perlar de sangre el raso de su piel inmaculada!...

Es una de las mayores barbaries que recuerda la historia, y, por siglos que pasen, la raza musulmana llevará el estigma de su crueldad y de su salvajismo.

Y era allí adonde llevaban a Mary...

John había oído hablar de aquellas ventas vergonzosas y temblaba de horror al pensar en que su amada pudiese verse expuesta a tales torturas, a tal afrenta y fuera el juguete de aquellos cafres sin conciencia.

Si su vida hubiera podido salvarla, no una, mil vidas hubiera dado gustoso por evitarla tal vergüenza.

Pero, ¿qué iba a hacer el infeliz, si para él mismo necesitaba protección en aquellos momentos?

Cada vez que intentó acercarse a ella no consiguió más que aumentar el grado de sus torturas y atraer sobre él las iras de sus verdugos.

Llovían sobre sus espaldas los golpes y aun hacía partícipes de ellos a sus compañeros de cautiverio.

Por fin llegaron a la plaza... y esperaron turno para la venta...

En aquel respiro se miraron unos a otros... Mary y John estaban cerca el uno del otro y podían cambiar algunas palabras...

¡Cuánta tristeza había en los ojos de la hermosa!... Sus ojos dulces, aquellos ojos que le robaban el alma, sabían ya de todas las tristezas... y los labios dulces de la sirena de carne habían gus-

tado el amargor del cáliz de tortura...

—¡Mary!...

—¡John!...

—¿Qué va a ser de nosotros?...

—¡Oh! ¡De mí... poco importa, Mary!... Pero, ¿y tú?...

Y el pobre muchacho no lloraba por no demostrar cobardía ante aquellos bandidos, pero había tal angustia en sus ojos, que la pobre Mary se olvidaba de sí misma para compadecer a aquel hombre que era ya para ella más que la vida en sí...

Por un momento tuvieron una esperanza...

Hablaban sus verdugos entre sí... El que parecía jefe de los esbirros que los custodiaban decía a otro:

—El capitán dice que conseguirá dinero para su rescate y el de la joven...

—Veremos cuando venga el bey...

—¡Si fuera cierto!...—pensaba John—. ¡Al menos se salvaría ella!...

No muy lejos de allí el contra-maestre y Bobby seguían aún, en la difícil situación en que se encontraban, con sus pullas y sus burlas recíprocas...

—Apuesto cinco chelines—decía Harrison guiñando su ojo píca-

ro—a que dan más dinero por mí que por ti...

—¿Pero dónde vas a compararte tú conmigo, culata de cañón?

—Si no estuviera sujeto, te daba así...

—¿Sujeto?... ¡Por el miedo!...

—¿Miedo de ti?... ¡Si te tumbo de un soplo!...

—¿A mí?... ¡A verlo!...

Y la discusión la cortaba un latigazo maestro, una interjección de cuero que tenía más fuerza convincente que sus bravatas.

—¡Maldita sea!...

—¡Cuando me vea libre te voy a arrancar la lengua!...

—¡Si no llevaras bisoñé te pelaba en seco!...

Y así seguía el rosario eterno de sus ironías y de sus amenazas...

¡Eran incorregibles!

De pronto, al son de los tambores y trompetas desembocó en la plaza un cortejo suntuoso...

Grandes abanicos de pluma, sedas, rasos, oro, pedrerías... Los palanquines fantásticos, los caballos enjaezados ricamente... y el incienso mandando sus humos olorosos a lo alto, para aromar las plantas de las huríes del quinto cielo, donde Mahoma dicen que espera a los elegidos para servirles el banquete de lujuria a que se hicieron acreedores por no comer carne de cerdo, temerosos sin du-

da de morderse los unos a los otros...

Era el bey, que se acercaba con sus secuaces a hacer colecta de regalos para su señor el sultán.

Aquel día había abundancia de cautivos y las quinientas mujeres del sultán eran sin duda poco para entretener los ocios de aquel salvaje...

Al llegar al centro de la plaza, aquel sacó vestido de oro y seda se quedó extático contemplando la belleza extraordinaria del pobre-cito *mascarón de proa* de la *Esther*, de aquella sirena de labios de miel, de la desgraciada Mary, cuyo único pecado en este mundo era haber hecho perder el rumbo a John con el hechizo de sus ojos negros...

El jefe de los esbirros dió cuenta a aquel hombre de los deseos y del ofrecimiento del capitán de la *Esther*.

—¿Rescate?... Para ellos, bien. En cuanto a la joven, es demasiado hermosa para aceptar rescate por ella...

Y sus ojos de gato la envolvían en una mirada repugnante...

—Se la mandaré al sultán con el barco, como un regalo mío...

—¡Perro!—murmuró John a costa de un latigazo más doloroso que los demás.

Adiós, ilusiones... El destino

que la reservaban era aún peor...
¡Mary! ¡Mary!...

Creyó morir de rabia. Lo único que le sostuvo fué el pensar que hasta la llegada de la joven al harem de su nuevo sueño transcurrirían algunos días... ¿Y... quién sabe?...

Seguía la venta... Se sucedían las escenas vandálicas y repugnantes...

Por fin pareció terminar todo. Por un capricho de la suerte Harrison, Bobby, John y el cocinero negro fueron adjudicados en lote.

Los piratas tenían la costumbre de encadenar a los esclavos en grupos de a cuatro, con largas cadenas amartilladas de la cintura al tobillo.

Nuestros cuatro amigos tuvieron que sufrir aquella operación dolorosa, sobre todo al machacar los pernos que servían de sostén a las pulseras.

Ni aun durante aquella operación cruel pudieron estarse callados Harrison y Bobby...

—¡Después de todo son listos, estos perros!—decía Harrison—. Como saben que te quiero tanto, te atan a mí para que no te escapes...

Cuando estaban terminando la operación y los verdugos, impasibles, remachaban la cadena de John, pasó Mary por su lado,

arrastrada por los soldados del bey, que la llevaban a bordo de la *Esther*, su nueva cárcel...

Iba suelta, y al pasar junto a los cuatro infelices echó a correr y se precipitó en los brazos de John...

¡El tiempo de un beso!... ¡Los separaron a la fuerza!...

—¡Adiós, John!...

—¡Adiós, Mary!...

—¡Nos volveremos a ver!... ¡Valor!...

Era ella quien le daba ánimos... ella, la que le enseñó a amar...

Merry no pudo decir nada... Estaba roto, como un pelele trágico... Ni aun notaba la cadena...

¡Pobre muchacho, que soñara con la gloria en la aldea abandonada, mientras caían bajo las hachas afiladas los robles seculares que habían de ser planchas de la magnífica *Constitución*...!

Y allá fueron camino de las mazmorras, para trabajar como bestias de carga, los cuatro compañeros: el cabo de cañón que desertó de la fragata guerrera para casarse... con la cadena de cautivo, el contramaestre astuto que robaba los hombres a la tierra, el negrozo hercúleo que cobraba pasaje en la cocina y creía a pies juntillas en la mala suerte de las mujeres...

—¡Si no hubiera mirado esa condenada en la olla que hervía al

fuego!...—iba murmurando entre dientes mientras arrastraba aquellos eslabones que no podía raspar como la piel de las patatas.

—¡Y todo por un *grog* doble!... —gruñía Bobby dándose de puñetazos en su cabezota abultada.

—Eso te enseñará a no ser borracho ni ambicioso... ¡Por cinco chelines te ves como te ves!... ¡Al menos yo ganaba más... y exponía menos!

—¡Te estoy coleccionando una de golpes para cuando estemos libres!

El único que no despegaba los labios era el pobre John, verda-

dera víctima de la rapacidad de aquellos dos charlatanes impenitentes.

Verdad es, y esto le consolaba un tanto, que por las argucias de uno y otro había conseguido embarcar en la *Esther* y era allí donde conociera a aquella mujercita adorable cuya dulzura aromaba todavía sus labios...

Y como el amor da una fuerza extraordinaria a los que se dejan narcotizar por él el corazón, aun soñaba en que podría reunirse con su amada, libres y felices...

¡No era extraño!... ¡Tenía veinte años!...



CAPÍTULO IX

UNA TENTATIVA AUDAZ

Entretanto los locos de la Gloria montaban en los potros salvajes del heroísmo...

La *Constitución* aguardaba a la *Filadelfia*, refugiada en un lugar estratégico cerca de la costa tripolitana, para, juntas, intentar dar el asalto a los piratas en su misma guarida...

Pero pasaba el tiempo y el Comodoro Preble empezaba a impacientarse.

Aquel día su aguante había llegado al límite y les decía a sus oficiales:

—¡Es inexplicable y yo me canso de esperar! ¡Algo le ha ocurrido a la *Filadelfia*! ¡Si en todo el día de hoy no viene, atacaremos solos... y suceda lo que suceda!

Y el viejo Comodoro se paseaba nervioso sobre el puente.

Los marinos le miraban silenciosos. Sabían que cuando estaba de mal humor era hasta peligroso hacerle observaciones.

Pero acababa apenas de pronunciar aquellas palabras que dejaban al descubierto su pensamiento, cuando vinieron a traerle un pliego que tras muchas incidencias había conseguido llegar hasta él desde el campo enemigo.

Era un mensaje del capitán de la *Filadelfia*.

El escrito decía así:

"Mientras perseguía a la flota pirata a la altura de la costa tripolitana, la *Filadelfia* embarrancó en un banco de arena.

"Hice cuanto pude por aligerar el barco, y arrojé al agua toda la artillería. Apenas había acabado

esta maniobra, el enemigo se presentó en gran número y me vi forzado a rendirme.—*William Bainbridge*.—Capitán."

La noticia cayó como una bomba entre la oficialidad de la *Constitución*.

¡La *Filadelfia* perdida! ¡Aquello iba a ser la ruina de todas sus ilusiones de victoria! ¡El fracaso de aquella expedición que algunos habían calificado de locura y que el mismo Preble defendiera con tesón, adelantando seguridades de su triunfo!...

¿Qué iba a decir si regresaba a América vencido?

—¿Cómo no se le ocurrió volar el barco para que los piratas no lo usasen contra nosotros?...

Y sus paseos sobre cubierta se hicieron más precipitados y más enérgicos los tirones a los pelos de sus bigotes.

Por fin pareció calmarse un tanto su irritación y aquel hombre de hierro dijo estas palabras que hicieron temer a sus oficiales que se hubiese vuelto loco:

—Bueno. Ante todo voy a afeitarme.

Hablaba en serio y todos desfilaron en silencio.

Un minuto después, mientras el Comodoro Preble se embadurnaba concienzudamente la cara con jabón, el alférez Estéfano Decatur

reunió a los jóvenes condestables para darles cuenta de sus atrevidos planes.

—La *Filadelfia* está perdida para nosotros. De lo que se trata es de impedir a toda costa que pueda ser un arma terrible en manos de nuestros enemigos. Hace un momento el Comodoro me ha dado la idea de lo que debía hacerse. Hay que volar la *Filadelfia* y yo me encargo de ello si vosotros me ayudáis y si el Comodoro autoriza mis planes.

—¡Cuenta con nosotros!—dijeron todos como un solo hombre.

—Lo esperaba. Ahora voy a ver lo que dice el viejo Preble.

Y Estéfano Decatur se dirigió hacia donde estaba el Comodoro y, cuadrándose ante él militarmente, le dijo resuelto:

—¡Comodoro! Si me concedieseis sesenta hombres y el queche *Intrépido* os prometo que, ayudado por la obscuridad, esta noche volaré la *Filadelfia*.

—¿Eh?... —exclamó Preble dando un respingo que estuvo a punto de costarle una mejilla, pues en aquel momento entraba la navaja en funciones—. ¿Destruir la *Filadelfia*? ¡Casi nada!

Y mirando de alto abajo al atrevido añadió:

—¿Ignora usted que la *Filadelfia* está guardada por los cañones

más formidables del Mediterráneo?

—No lo ignoro, señor.

Preble volvió a mirarlo detenidamente y, volviéndole la espalda, continuó impasible la operación de limpiar de vello su cara.

Al poco rato y sin volverse continuó:

—¿Cómo puede pretenderse destruir la *Filadelfia* con una lancha de pesca y cinco docenas de muchachos?

Pero Decatur era terco y continuaba en la brecha:

—¡La destruiré, señor!

Preble se volvió esta vez y le clavó en su sitio con la mirada.

—¡Una locura! La pretensión me parecería cómica si no fuera trágica...

Estéfano Decatur, como si aquellas palabras significasen un principio de aquiescencia hacia sus proyectos desde el momento que se tomaban en serio, dió un paso al frente y dijo con voz entera:

—¡Gracias, señor!

—¿Gracias? ¿De qué?

—Porque creo que vais a auto-rizar esa locura...

Preble se le quedó mirando, pero esta vez con sincera admiración.

Al cabo de un segundo de reflexión le dijo secamente:

—Bien. Hacedlo... ¡A ver qué resulta!

—¡Gracias, señor!

Y Estéfano Decatur, saludando mecánicamente, se dirigió a dar cuenta a sus compañeros del éxito de su gestión y a disponer los preparativos para llevar a efecto aquel golpe audaz...

Como estudiantes en día de asueto, Decatur y sus bravos compañeros se lanzaron a la boca del lobo con el queche *Intrépido*, un cascarón de nuez que al lado de la magnífica fragata cautiva de los piratas parecía una de sus canoas de salvamento.

La suerte parecía favorecer aquella locura y la entrada en la bahía se hizo sin ninguna dificultad.

En la obscuridad de la noche el queche avanzaba silenciosamente e iba acercándose poco a poco a la mole de la *Filadelfia*, embarrancada aún sobre el traidor banco de arena...

Unos golpes de remo más y habría llegado el momento de obrar.

—¿Qué buque es ese y qué rumbo lleva?—preguntaron en aquel momento los vigías enemigos.

—El *Catania*, de Malta... Hemos perdido el ancla... ¿Podemos amarrar a estribor hasta el amanecer?...—contestó Decatur intrépidamente.

—¡Acercaos!

—Eso queremos...

Y el *Intrépido* abordó a la fragata y en el mismo momento sesenta hombres saltaron a bordo con los sables desenvainados...

La confusión fué enorme, pues los piratas no se esperaban aquel ataque.

—¡Se han burlado de nosotros!

Pero ya era tarde... Los lobeznos de Decatur disparaban sin cesar y herían sin compasión...

Su jefe no se entretuvo en la pelea. Aprovechando los primeros momentos de pánico a bordo, se dirigió rápidamente a la santabárbara y prendió fuego a la mecha que había de volar la fragata...

Conseguido su propósito volvió a cubierta y gritó a los suyos dominando el estruendo del combate:

—¡Compañeros, en retirada!...

¡Pronto, que esto es un volcán y el piso no es seguro!...

Y ordenadamente, sin desconcertarse un momento, conteniendo la avalancha que se les venía encima, regresaron aquel puñado de héroes al queche...

Y la *Filadelfia* quedó destruída...

Allá en tierra, en las murallas, los musulmanes habíanse visto sorprendidos por aquel ataque inesperado.

Los prisioneros, al enterarse de lo ocurrido, prorrumpieron en gritos de entusiasmo...

Harrison gritaba enardecido:

—¡Americanos!... ¡Son de los míos!...

Y la algazara y los vítores fueron indescriptibles.

Pero sus guardianes cayeron sobre ellos al tiempo que los jefes gritaban a los servidores de las piezas de artillería:

—¡Defendedla a cañonazos!

Los pobres cautivos quisieron luchar con sus verdugos... Resistencia inútil. ¿Qué iban a hacer... si eran pocos y estaban atados?...

Atacados por todos lados sin descanso, desde tierra, por el mar, los intrépidos muchachos volvieron a su barco orgullosos de sí mismos, después de conseguir lo que el almirante Nelson había de calificar después como la acción guerrera más audaz de su época.

En la escalerilla de honor de la *Constitución* les esperaba el Comodoro Preble, rodeado de toda la oficialidad.

Estéfano Decatur sube a bordo y, cuadrándose militarmente, se limita a dar cuenta de lo ocurrido con las siguientes palabras:

—¡Señor, la *Filadelfia* ha sido destruída!

Preble le contesta secamente:

—¡Muy bien! Puede usted retirarse.

Pero después de envolver al héroe en una mirada indescifrable, se vuelve a sus oficiales y ordena nervioso:

—¡Haced los preparativos para entrar en la bahía de Trípoli inme-

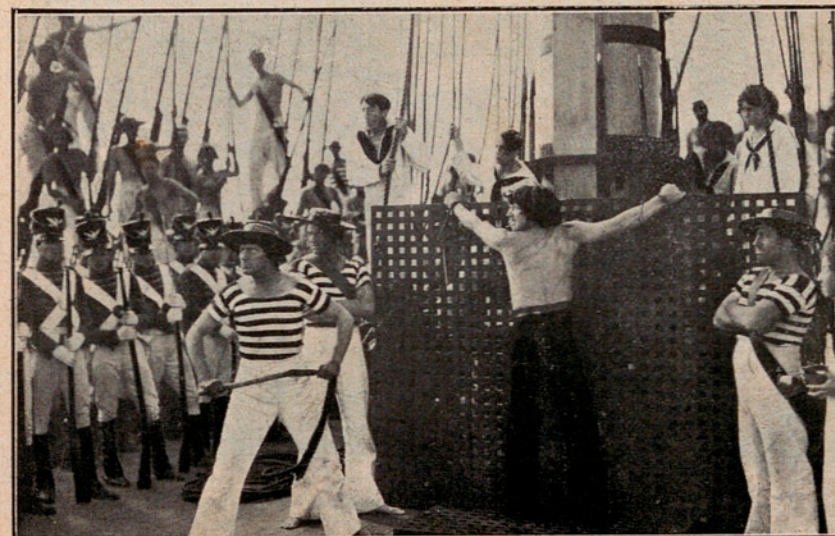
diatamente. La puerta está abierta de par en par y hay que aprovechar la oportunidad. Espero que la victoria será nuestra.

Y luego para sí mismo añadió:

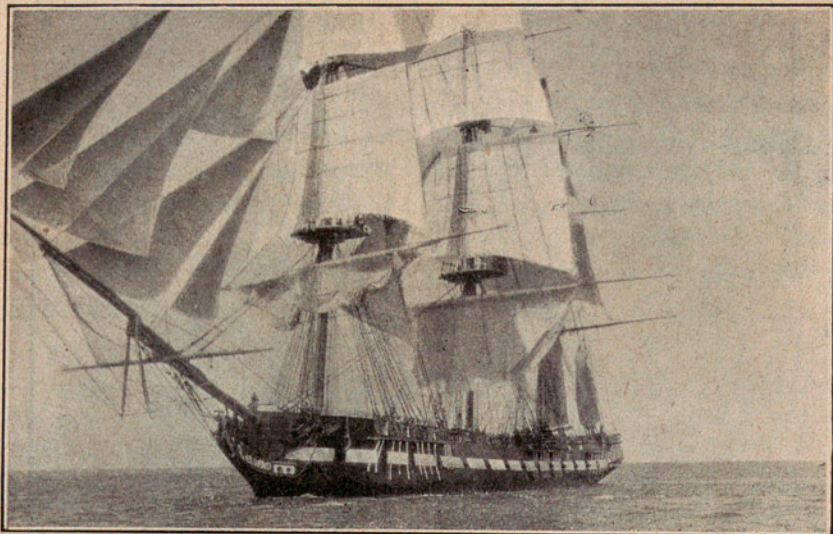
—¡Con estos demonios de chicos no hay más remedio que volverse locos!



...se divisaba la *Constitución*...



—¡Doscientos! ¡Basta!



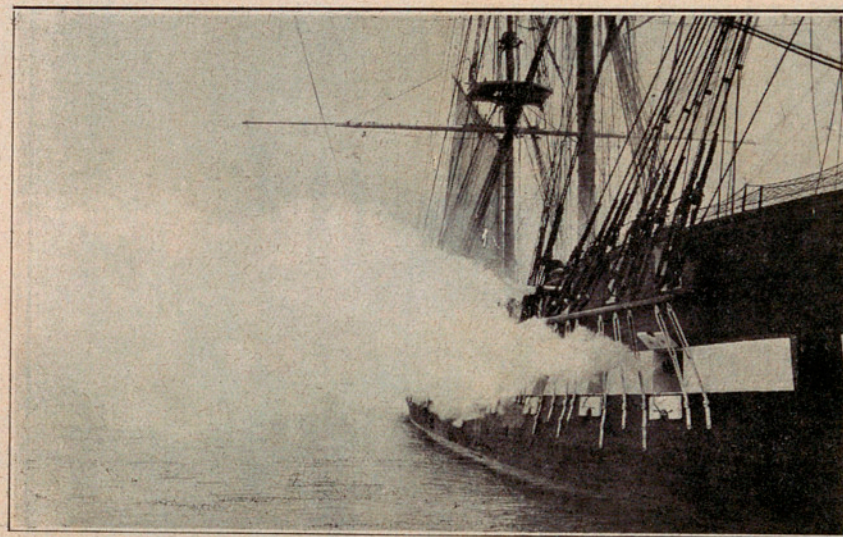
La *Constitución*, favorecida por un viento suave...



— ¡Señor Todopoderoso... no nos abandones en este día y condúcenos a la victoria!..



Cada hombre ocupa su puesto..



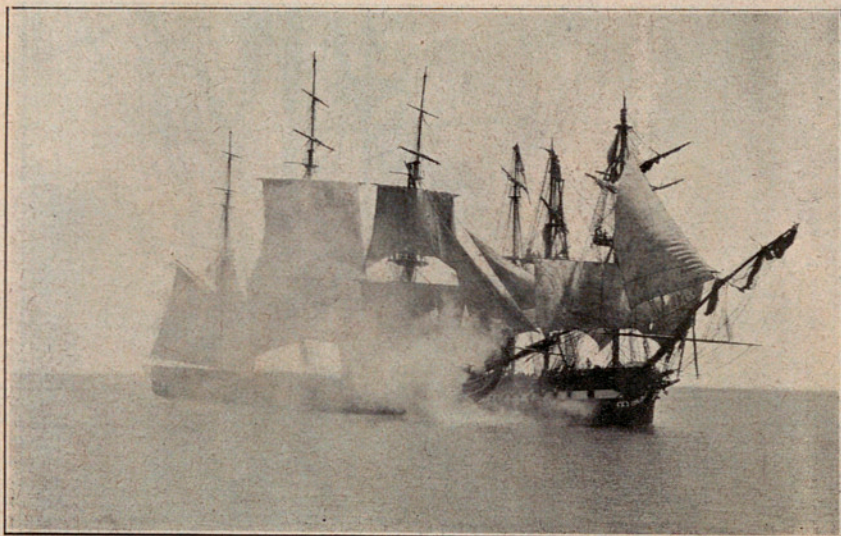
... y sus treinta y dos cañones por banda han abierto un fuego endemoniado...



Sobre la cubierta se revuelcan algunos infelices...



...se acuchillan sin piedad unos a otros...



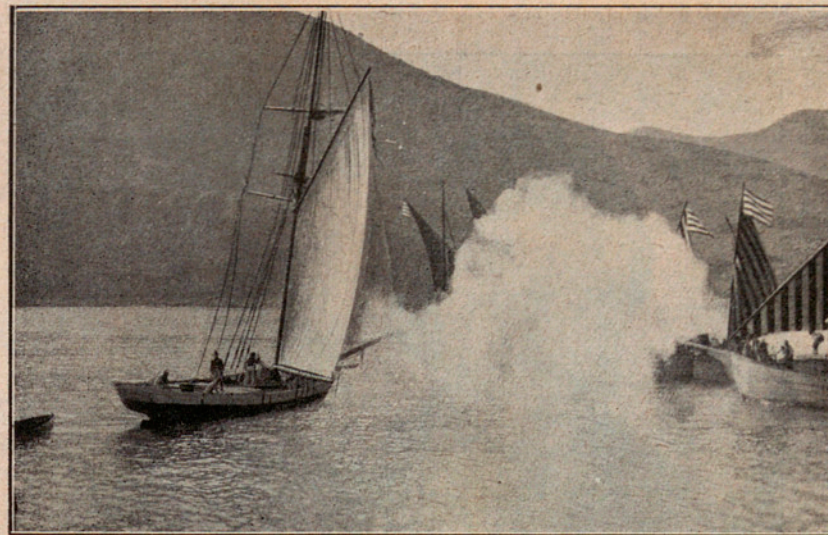
...los buques se tocan, crujen las bordas...



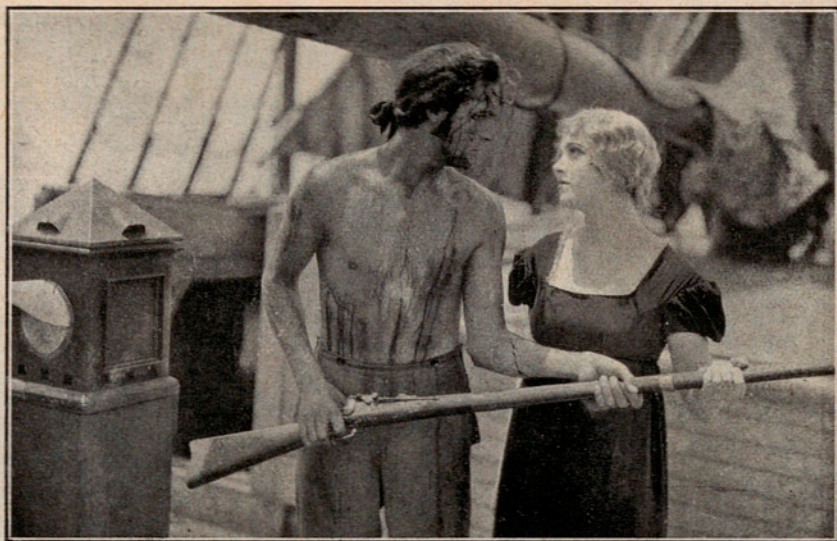
...se encontró rodeado de barquichuelos cargados de piratas...



Pero Harrison fué herido de nuevo durante la terrible pelea...



El asalto y toma de Trípoli fué algo épico, memorable...



Y John abrió los ojos extrañado de verse aún con vida...



Pero antes de que él pueda terminar la frase, Mary se ha apoderado del timón...



Y mientras la *Esther*, bajel del amor...

CAPÍTULO X

LA FUGA

Mientras sus compañeros gemían en el cautiverio y los valientes condestables de la *Constitución* escribían aquella página gloriosa, la pobre Mary, la mujercita toda corazón, había sido conducida a bordo de la *Esther*, de aquella misma goleta en la que conociera al hombre que removió en su ser todas las ansias de amar, todas las ansias de vivir...

Aquel mismo buque era la cárcel que debía conducirla hasta el martirio si la Providencia no acudía milagrosamente en su socorro...

Acodada en la borda, en aquella misma cubierta de popa que fué atalaya de sus amores, llora la cuitada la muerte de sus ilusiones, el fin trágico de todos sus sueños de ventura...

* Dos tunecinos codiciosos de su

hermosura la espían en la sombra, y uno de ellos, suelto el can de la lujuria, va a precipitarse sobre ella, cuando su compañero le detiene asustado de tanta audacia:

—¡No seas bruto, hombre! ¿No ves que es para el sultán? ¿En tan poco estimas tu cabeza?

Y aquella misma noche, a unos centenares de metros de allí, Merry y sus *inseparables* amigos traman en sus mazmorras, en las canteras que les sirven de cárcel, un plan de evasión...

Es arriesgado. Hay que saltar las murallas... llegar a la playa... La sorpresa es casi segura... ¿Pero de qué sirve la vida si se ha de pasar en aquel estado de animalidad obligada?

Y, como siempre, es Harrison

el más audaz de los cuatro, y él el que sugiere la idea, aun cuando las ansias de fuga sean mayores en John.

—¡Es necesario huir a toda costa! Ganaremos a nado la *Esther*, robaremos una de sus lanchas y nos iremos remando a la *Constitución*!

—¡Tienes razón! — contesta Bobby—. ¡Y eso que a mí, cuando llegue, nadie me libra de mis doscientos azotes... por desertor! ¡Y todo por tu culpa!

—Si quieres, puedes quedarte. Aquí también dan rancho.

—¡Animal!

—¿Vais a empezar otra vez? — interrumpe John, a quien le corre prisa salir de allí y correr a la *Esther*, donde está su vida entera—. ¡Haréis que nos oigan y se lleve el diablo nuestro proyecto de fuga!

—¡Si es éste!

—¡Tú!

—Vamos, ¿queréis callaros? ¡Haced lo que el negro, que no ha abierto la boca desde hace un mes!

Y entonces el cocinero, directamente aludido, alzó la cabeza y preguntó:

—Oye, tú, Comodoro: ¿está en la *Esther* la que miraba dentro de la olla?...

—¡Pues claro que está! — contestó John, radiante.

Enterado de la respuesta, el negro, con su sonrisa más triste, murmuró:

—¡Mala suerte!... ¡Mala suerte!...

No había tiempo que perder. Llevando a peso la pesada cadena para que al arrastrarse por el suelo no denunciara su presencia, los cuatro cautivos emprendieron la huida...

¡Nadie!... Dormían los piratas confiados. ¿Quién iba a suponer que cuatro hombres encadenados emprendieran aquella huida fantástica?

Llegaron a la muralla... Allí estaba el peligro. ¿Dejarse caer?... Los cuatro a un tiempo corrían el peligro de matarse. No por la base, que era de arena, sino por las cadenas que entorpecían sus movimientos y obligaban a una velocidad de descenso completamente equilibrada. ¡Era imposible! Y por un momento tuvieron la impresión del fracaso.

Pero no... Al mirar atrás volvieron a ver la mazmorra nauseabunda, el látigo siempre en alto y el mañana envuelto en tinieblas...

Era preferible jugarse el todo por el todo. Y bajaron... ¿Cómo? Ni se lo preguntaron, ni trataron de poner en claro aquel enigma.

La playa, el aire libre...

Y aun allí, a dos pasos de la

muerte, tuvo ganas de jaleo el contramaestre.

Volviéndose de pronto a John y señalando con su brazo desnudo la goleta medio perdida en las tinieblas le dijo:

—¡Allí está la *Esther*, Comodoro! ¿Por qué no nos llevas a ella y nos presentas a las damas en la cubierta de popa?...

Y, como siempre, fué el perínclito cabo de cañón el que le dió la réplica tonante:

—¡Cállate, imbécil! ¿No ves que pueden oírnos? ¿Quieres que nos cojan otra vez los piratas y nos desuellen vivos?

Y al hablar así le metía los puños por los ojos. Y surgió la disputa...

—¡Ya te tenía ganas, animal! ¡Toma!

—¿Te crees que soy manco?

Y en el silencio de la noche empezaron a resonar los golpes, los jaleos, los gritos de rabia, con una algarabía de infierno...

Como estaban todos atados unos a otros, también el negro y John se veían obligados a tomar parte en aquella zarabanda.

Por fin se calmaron... O se cansaron de dar y recibir golpes, o pudo más en ellos el espíritu de la propia conservación.

Calmados los ánimos, vueltos a la razón, aun cuando fuera mo-

mentáneamente, los alborotadores impenitentes entraron en el agua y se pusieron en fila.

Había que nadar con regularidad, los cuatro a un tiempo, pues era necesario vencer con el esfuerzo común el peso y la resistencia de las cadenas.

La marcha fué pesada... Resoplaban sus pechos como fuelles... Por fin llegaron...

Desde su constante observatorio, desde la borda de la cubierta de popa, Mary los había visto llegar...

En aquel momento se encontraba sola en la cubierta. ¿Fué intuición, telepatía?

Su corazón empezó a latir desordenadamente...

¿Por qué aquella emoción?... ¿Sería?...

Y ávida exploró, buceó las tinieblas... Alguien se acercaba al buque silenciosamente... El mismo sigilo indicaba que no podían ser más que amigos... ¿Vendría él con ellos?...

Los cuatro bultos silenciosos, las cuatro cabezas se acercaban, llegaban, se apoderaban de un bote...

¡Sí!... ¡Era él!... ¡John!

—¿Eres tú?...

Abajo en el bote los cuatro amigos inician la maniobra. Unos sobre otros encaramándose sobre los

hombros del compañero preparan la ascensión de Merry.

Y por fin llega arriba...

—¡Mary!...

—¡John!... ¿Te escapaste?...

—Sí... Venimos a salvarte...

—¡Imposible!... Los piratas me vigilan constantemente... Siempre hay alguno cerca de mí... Ahora mismo quizá me están mirando. ¡Salvaos vosotros!...

—¿Sin ti?... ¡Mi Mary querida!...

Y fué entonces cuando por fin brotó de sus labios aquel fuego divino que tanto tiempo hacía le abrasaba el corazón.

—¡Te amo, mi bien!...

—¡Te quiero, John... y seré tuya mientras viva!...

Y sus labios se juntaron y en la embriaguez de aquel momento de amor llegaron a olvidarse de la

Esther, de Trípoli, de los piratas...

Un ruido que iba aproximándose les sacó del éxtasis...

Se oía ruido de pasos y rumor de conversaciones sobre cubierta...

Alguien se acercaba... Su presencia había sido sin duda descubierta...

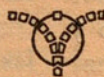
—¡Pronto... pronto! ¡Vete!... ¡Vienen!

—¡Adiós, amor mío!...

—¡Adiós, John!...

—¡Volveré! ¡Aunque tenga que poner en pie de guerra a medio mundo!

Y después de dejar en aquella boca melosa su último beso, John Merry se dejó caer en la lancha y emprendieron la huída en el mismo momento en que las baterías de la costa anunciaban que su fuga había sido descubierta...



CAPÍTULO XI

¡SALVADOS!

Toda aquella noche y el día siguiente por entero continuaron los cuatro cautivos bogando bajo los abrasadores rayos del sol africano...

Y no era nada aquel tormento... Llevaban más de veinticuatro horas sin alimento... sin agua...

El tormento de la sed era espantoso... Su resistencia había llegado al límite y preveían el fin... Se abandonaban a la desesperación... Dejaron los remos: sus manos se negaban ya a sostenerlos...

Caídos sobre las bordas de la frágil embarcación consolaban la fiebre que los consumía con duchas de agua salada que, en una hermandad profunda, se prodigaban unos a otros...

De pronto el negro lanzó un grito.

—¡Mirad! ¡Nos hemos salvado!

—¡Un buque!—gritó John, como si hubiese recobrado las fuerzas en un segundo.

—¡Miradla qué hermosa está!—rugió Bobby, ebrio de entusiasmo—. ¡La fragata más hermosa del mundo!

—¡La *Constitución*!... —gritó Harrison lanzando tres hurras formidables.

Y en aquellos espíritus abatidos momentos antes hubo como una resurrección de energías perdidas y todos se abalanzaron a los remos...

Allá a lo lejos avanzando rauda sobre las aguas, asombradas de tanta belleza, se divisaba la *Constitución*, la fragata de roble, cargada de velas, como la copa gigante que hiciera emerger de entre las aguas dormidas el brazo potente de la gloria.

También a bordo se había des-

cubierto la barquilla de los cuatro cautivos y se seguían con atención sus movimientos.

Era el alférez Decatur el que, catalejo en mano, seguía los movimientos de la barquilla.

Preble, que estaba a su lado, le preguntó:

—¿Ha podido divisarlo, Decatur?

—Sí, señor... Cuatro hombres en un bote de remos...

—Que los suban a bordo.

Las distancias habían ido acortándose y minutos después el bote se hallaba adosado a estribor de la fragata.

La operación de subir a bordo a los naufragos fué sencillísima.

Ya a bordo los recibió en cubierta el propio Comodoro Preble, rodeado de su estado mayor.

El estado de los cuatro infelices es lastimoso. Apenas pueden tenerse en pie. Sobre todo la sed les hace imposible hasta el hablar...

—¿Quiénes son ustedes...? — pregunta el Comodoro Preble.

—¡Americanos, señor!... ¡Pero nos morimos de sed!... ¡Perdone, pero hace veinticuatro horas que no bebemos!...

Preble, compadecido, ordena que les den de beber... Cuando les entregan los vasos los cuatro naufragos elevan la cabeza y divisan ondeando en lo alto del mástil la

bandera estrellada de la Unión, y aun acuciados por la sed horrible que les abrasa, antes de beber se cuadrán y saludan la bandera de la patria...

Calmada la sed, el Comodoro vuelve a inquirir detalles de su odisea.

—Somos tripulantes de la goleta *Esther* apresada por los piratas hace tres días.

El que habla es Bobby, el cabo de cañón, que tiembla ante la mirada de Preble y procura ocultarle su cara de torta...

Pero el Comodoro le ha reconocido y le pregunta de improviso:

—¡Cabo Bobby! ¿Dónde estaba usted cuando salimos de Boston?

Bobby, temblando de miedo, balbucea excusándose:

—Señor... desembarqué con licencia para casarme, pero prolongué un poco la licencia para asistir al bautizo de mi primer hijo... ¡Calcule usted, mi Comodoro, que era el primogénito!...

—¡Hombre, a eso sí que le llamo yo ir de prisa! ¡Conque ya padre!...

—¡Sí, señor!... ¡Cosas de la vida!... ¡Pero le juro que en cuanto pude me embarqué en la *Esther*, para correr en busca de mi "Ronda Lucía". Aquí están mis compañeros que no me dejarán mentir...

Y disimuladamente dió un for-

midable pellizco a Harrison que se apresuró a decir:

—Sí, señor Comodoro... Es verdad... Todo el camino se lo pasó llorando de pena, el pobrecillo... ¡Quiere tanto a su *Constitución!*...

—¡Vaya, vaya!... ¿Conque llorando todo el camino? ¡Pobrecillo! ¿Ignora usted que el castigo por desertión son doscientos azotes?...

—No, señor... pero confío...

—Teniente Decatur — dijo el Comodoro volviéndose al oficial que asistía impasible a aquella escena y en cuyos labios se dibujaba una sonrisa de conmiseración hacia aquel hombre a quien la desgracia había dado en pocas horas más de doscientos azotes—, hará usted que se cumpla el castigo de ordenanza.

—¡Está bien, señor!

—¡Que les suelten las cadenas y les den lo que les haga falta!

E inmediatamente fueron cumplidas aquellas órdenes, cruel una, humanitaria la otra.

Al verse libre John se acercó respetuoso al Comodoro y le dijo casi con lágrimas en los ojos:

—Señor, ¿vais a Trípoli?

—Sí, muchacho... ¿Por qué lo preguntas?

—Señor, ¿podréis rescatar la *Esther*?

—Antes de salvar la *Esther* tenemos que acabar con esos bandidos...

—Señor, me he atrevido a pedirlo porque... a bordo de la *Esther* hay una cautiva americana.

Preble adivinó en sus ojos lacrimosos el secreto de John Merry y volviéndose hacia Decatur, que continuaba a su lado, le dijo con voz conmovida:

—Teniente Decatur, cuando entremos en Trípoli no destruya la *Esther*. Se lo ruego.

Y es que aquel hombre tan brusco en apariencia tenía un corazón de oro...

—¡Oh! ¡Gracias, señor Comodoro, gracias! — exclamó John Merry arrojándose a sus pies.

—Me parece que te interesa mucho esa cautiva, ¿verdad?

—¡Señor!...

—Anda, ve tranquilo, que os tendremos en cuenta en el momento oportuno a ti y a tu dama...

Entretanto iba a tener lugar el castigo de Bobby el desertor...

El pobre hombre, que no tenía más defecto que tener la cabeza muy dura y gustarle más de la cuenta el alcohol, había sido atado por las manos y esperaba con los brazos en cruz y la espalda desnuda que se cumpliera la sentencia...

No le dolían los azotes; lo que

no podía tolerar era que por culpa de aquel animal de Harrison le llamasen desertor...

El ejecutor de la ley estaba ya con el látigo en la diestra.

Decatur dió la señal, pero al caer el flagelo sobre la piel del pobre marino la primera vez, contó en voz alta:

—¡Cien!...

Boby casi volvió la cabeza al oírle, y su estupor creció de punto al oír que, tras el segundo latigazo, contaba:

—¡Doscientos! ¡Basta!

Y cuando se vió libre corrió a saludar a su oficial...

Había tanta gratitud en sus ojos, que el teniente Decatur comprendió que cuando llegase la ocasión aquel hombre se haría matar por él con la sonrisa en los labios.

—¡Gracias, mi oficial!... ¡A vida o muerte!...

Y el infeliz Boby, que además no lo había catado desde hacía veinticuatro horas, se dirigió, acompañado de John Merry, a la batería.

Llegado a un gran cañón enfundado quitóle la lona embreada y, besándolo con un cariño paternal, exclamó:

—¡Aquí está la "Ronda Lucía"!... ¡Fíjate qué hermoso es!... ¡Y no aquel juguete que tenían a bordo de la *Esther*!...

El recuerdo de la goleta hizo palidecer a John, que le preguntó con el mismo tono lastimero que empleara en su conversación con el Comodoro:

—¿Verdad que no hundirá usted la *Esther* si los piratas se lanzan al combate?

Boby le dió una palmadita en el hombro y contestó cariñosamente, pues sabía adónde iba a parar:

—Tranquilízate, hijo. La "Ronda Lucía" que me obedece por señas cuidará bien de no hundir más que los barcos de esos perros piratas...

Y como al nombrar a su cañón favorito había puesto la mano sobre éste, vió con espanto que estaba en un estado lastimoso de abandono.

—¿Qué porquería es esta?—rugió indignado cogiendo por un brazo a un marinero que pasaba en aquel momento—. ¿Quién es el cabo de cañón aquí ahora?

—Ese que viene...

—Hombre, me alegro de conocerle...

Y, dirigiéndose resueltamente a su substituto, le preguntó amenazador:

—¿Conque tú eres el nuevo cabo y me tratas así a la "Ronda Lucía"? ¡Pues toma, para que aprendas!...

Y de un formidable puñetazo

dió con él en tierra cuan largo era.

Luego arrancándole un trozo de pantalón gritó volviéndose a Harrison, que había presenciado la escena silencioso:

—¡Tú... zopenco! ¡Tráeme un poco de vinagre!...

—¿Yo?... A mí no me mandas... A bordo de este buque soy únicamente un convidado y...

Pero no pudo acabar. Boby le gritó, zarandeándole:

—¡Convidado o no convidado harás lo que yo te mande! ¡Largo y venga el vinagre a escape!

Había tal acento de amenaza en sus palabras, brillaba en sus ojos una cólera tan *legítima*, que Harrison se apresuró a hacer lo que le decían sin atreverse a chistar.

A poco rato y tras algunas idas y venidas volvió el contramaestre con el vinagre pedido y Boby empezó a frotar con el cariño de una madre a su querido "Ronda Lucía"...

Al cabo de media hora el cañón relucía al sol como si fuera de cristal.

—¡Ahora da gusto verlo así!—

le dijo a John, quien hasta le ayudó gustoso en la operación de limpieza.

Boby en aquellos momentos no se hubiera cambiado por nadie; y si al socarrón de Harrison se le hubiera ocurrido llegar a proponerle beberse un *grog* o ganarse cinco chelines a cambio de abandonar otra vez su buque, la *Esther* si algún día se salvaba se quedaría sin contramaestre...

—¡Como venga por aquí ese tío van a tener merienda los peces y va haber que poner la bandera a media asta!...

—¡Bah!... ¡Déjelo!—intervino Merry, que deseaba que acabasen las rencillas entre aquellos dos hombres testarudos por igual y que a pesar de pasarse el día riñendo no podían pasarse el uno sin el otro—. ¡Después de todo no deja de ser un buen camarada...

—Es verdad... pero muy intrigante y quisquilloso. Ahora que le tengo aquí fuera de su casa se le acabaron los pujos de mando... Aquí no es absolutamente nadie y lo voy a hacer una tortilla como se le ocurra jugarme alguna...

CAPÍTULO XII

EN LA GUARIDA DE LA FIERA

La *Constitución*, favorecida por un viento suave, se dirige a toda vela hacia la bahía de Trípoli, seguida de los buques auxiliares, pequeños faluchos de vela latina, buenos como correos, pero completamente nulos en cuanto a poder combativo.

La empresa que van a acometer aquellos héroes es una verdadera temeridad, pero Preble confía en el secreto de la construcción de su fragata que espera resistirá victoriosa el fuego del enemigo.

Al entrar en la bahía trágica que tantas vidas costara a la civilización, la fragata amaina velas y las cornetas tocan a zafarrancho de combate... Cada hombre ocupa su puesto...

La cubierta es rociada de arena como medida preventiva ante la carnicería que se avecina...

Harrison mira asombrado aque-

lla operación y le pregunta a Bobby:

—¿Y eso para qué es?

—¿El qué? ¿La arena?

—Sí.

—Para que no resbalen los hombres en la sangre.

—¿Pero es que va a haber sangre?

—¡Anda este!... ¿Acaso te figuras que tiran con confites?... ¿Pues no pregunta si va a haber sangre? ¿Pero en dónde crees que estás? Yo seré un mal marinero, como tú dices, pero tú eres un gallina...

—¿Yo un gallina? ¡Si no fuera por la gravedad del momento te iba a cortar los espolones...

Entretanto los médicos preparaban apresuradamente vendas, gasas, algodones, material quirúrgico...

Al pie de los cañones se amon-

tonaban los proyectiles... Los oficiales iban y venían de un lado a otro dando órdenes y observando el cumplimiento exacto de todo lo ordenado...

Si grande fué el asombro de Harrison al oír hablar de sangre, no lo fué menor el del pobre negro, mondador de patatas por el novísimo procedimiento del raspado, cuando el terrible cabo de cañón, el amante apasionado de "Ronda Lucía", le dijo autoritariamente:

—Tú, negro... Echa al mar a los que vayan matando... Aquí no queremos estorbos... Que te ayude ése, y al menos haréis algo de provecho.

Ese era John Merry, al que el miedo tenía paralizados la mayor parte de los sentidos.

No era extraño porque para él, desde el barco hasta sus menores componentes, eran cosas totalmente desconocidas; y no digamos nada de una batalla...

Y cuando oía hablar con aquella calma de olas de sangre y cadáveres echados al mar, se estremecía de horror y recordaba su pobre casita blanca, su yunta abandonada y aquel arado, única herramienta que sabía manejar y que sólo despanzurra el vientre de la tierra para prepararla a la fe-

cundación gloriosa que había de ser hogazas calientes y frutos bien hechos...

Y de pronto, de un salto gigantesco, el que fué esclavo de la paz bajo los cielos serenos y no conoció más sangre derramada que el jugo de la tierra, creyó que se abría a sus pies un abismo y que de él brotaban danzando macabramente todos los demonios del infierno sedientos de sangre humana...

Con imponente majestad, la fragata *Constitución* avanza hacia el combate bajo el fuego cruzado de las baterías emplazadas en los fuertes tripolitanos.

El enemigo la ha visto llegar imponente y se apresta a recibirla con todos los honores...

Sobre la amplia cubierta está formada la tripulación entera y los fusileros de infantería naval prontos a entrar en acción en cuanto lleguen el abordaje o el desembarque...

Bajo el puente, en medio de sus hombres, el Comodoro Preble tiene a su diestra al capellán de a bordo...

A una orden suya todos los hombres caen de rodillas, y, en el silencio augusto que se sucede, re-

suenan la voz del vicario de Cristo que clama emocionado:

—¡Señor Todopoderoso... no nos abandones en este día y condúcenos a la victoria!...

Hecha la súplica, pasado aquel minuto de recogimiento, pónense los hombres en pie rápidamente y entonces Preble con voz recia, que resuena hasta en el último rincón de la fragata, dice:

—¡Hijos de la joven América! Nuestro deber en estos momentos verdaderamente solemnes es reducir para siempre el poder de los piratas de Berbería... Durante trescientos años han sido los dueños de estos mares... ¡Este será su último día... o el nuestro!

Un estremecimiento de emoción recorre las filas de los soldados. Todos están intensamente pálidos, pero en aquellos momentos ni uno solo siente flaquear su ánimo, ni uno solo tiene miedo...

Preble hace que les sirvan vino y, alzando su copa en alto, grita con voz potente:

—¡Y ahora... bebamos a la salud de Tomás Jefferson, Presidente de los Estados Unidos! ¡Viva América!

—¡Viva!...

Gritan todos a una y hasta el casco de la inmensa mole parece contestar a la aclamación unánime.

Y se suceden los hurras formi-

dables y los hip, hip, hip, como metralla de gloria, suben atronadores a los cielos...

Y pasado aquel entusiasmo lógico, cada uno ocupa su puesto señalado y no se oye más que el ruido de las armas, el chirriar de las cabrias poniendo la nave a palo seco...

Va a llegar la visitante pálida y la molesta todo ruido que no signifique destrucción...

.....

Junto a un cañón Harrison maneja el escobón y limpia los cañones, pero con tan poco arte, que Bobby le detiene en su labor indignado:

—¿Pero te has creído, imbécil, que estás haciendo mantequilla?

John Merry se ha encaramado a los alto de las gavias, para jugar con la muerte cuando el combate se encarnice... Es aquel el sitio de más peligro, porque está al descubierto de la metralla y porque los palos pueden caer por su base...

Subió a lo alto con la cabeza sobre los hombros... No sabe si se la llevará una bala de cañón...

La *Constitución* ha llegado a su puesto de combate y sus treinta y dos cañones por banda han abierto un fuego endemoniado...

Bobby está en sus glorias y su

“Ronda Lucía” trabaja como una loca y gruñe sin descanso...

Aquel gigante peludo, con el torso al aire, la melena en desorden, el rostro ennegrecido por la pólvora, tiene algo de terrible, de grandioso...

Es un monstruo y parece un genio...

Cuando mayor es el ajeteo y la fragata tiembla al estruendo de sus cañones, cuando todo es infierno y destrucción y ya han recibido los hombres y la nave su bautismo de fuego y de sangre, un nuevo enemigo viene a hacer más terrible aquella carnicería.

La fragata tripolitana *Argel* entra en acción.

Los fuertes se han cansado de tirar inútilmente, los buques pequeños no se atreven a acercarse a aquella mole que vomita la muerte sin descanso y envían contra la *Constitución* su navío más poderoso...

—¡Esto se anima, muchachos! —grita entusiasmado Bobby—. ¡Me parece que les vamos a dar lo suyo!...

El Comodoro grita de pronto por la bocina:

—¡Al suelo todo el mundo! ¡El enemigo va a barrer la cubierta!

La fragata *Argel* ha virado en redondo... Toda su banda de ba-

bor muestra la boca amenazadora de sus cañones...

Un fogonazo terrible la torna roja un segundo de proa a popa y una lluvia de plomo pasa como un huracán sobre la cubierta arrasándolo todo, destruyéndolo, sembrando la muerte y la destrucción...

Pasada aquella tromba, los que han quedado con vida se ponen en pie y se precipitan a la borda.

—¡Fuego a estribor! ¡A la línea de flotación!

Y otra vez la fragata americana hace rugir a sus cañones como un monstruo irritado por las heridas recibidas...

Sobre la cubierta se revuelcan algunos infelices peleando con la muerte a brazo partido... Otros aparecen horriblemente mutilados...

La arena ha perdido su color... Ahora es roja... casi negra...

El cocinero de la *Esther* ha empezado su trabajo... ¡Pero son pocos los hombres que arroja al mar enteros!...

¡Pobres chiquillos con casaca— como los llamó el Comodoro Preble el día de la primera revista—, flor de juventud segada por la mano siempre trágica y siempre implacable del destino traidor y malvado!...

Allá en lo alto John Merry, horrorizado, no se atreve a mirar hacia abajo. Le da miedo ver tanta sangre, tanto estrago...

Y pensando en los otros no se fija en que su vida está en peligro mil veces por segundo... Las jarcias, los obenques rotos, las gaviás tronchadas por la metralla enemiga, caen a lo largo de los palos y pasan rozándole, amenazando arrastrarlo en su caída, para ser una mancha rojiza más sobre la cubierta enarenada...

Y mientras los locos de la gloria van, borrachos de heroísmo, cegados por el destino trágico, en busca de la muerte con los brazos abiertos, allá en los hogares aban-

donados las pobres mujeres que los vieron ir sufrirán en aquellos momentos el dolor de los dolores, mil veces mayor que el de la maternidad sacrosanta... el dolor de ver morir a aquellos que se hicieron carne en sus vientres por un milagro de amor...

¡La guerra!... ¡Y seguirán generaciones y más generaciones hurgando en las tumbas con las puntas de sus bayonetas para encontrar una postura cómoda y gloriosa para yacer inmortales!...

¡Mal hayan las infames pasiones que no permiten ver a los ciegos incontables lo que cuesta y lo que vale el bendito heroísmo de la paz!...



CAPÍTULO XIII

¡MINUTOS DE GLORIA... HORAS DE MUERTE!

Por su tronera siniestra "Ronda Lucía" sigue haciendo de las suyas bajo la mano experta del cabo de cañón, su novio platónico.

La *Argel* sigue haciendo un fuego terrible, pero sus balas no horadan las planchas de roble, se embotan y caen al mar.

¿Un milagro? A Bobby no le cabe aquello en el magín y saca la cabeza por la tronera para juzgar mejor el efecto de los proyectiles enemigos.

Una bala choca contra el casco. Pero su efecto no es un agujero, sino una simple abolladura.

—¡Atiza! Esta fragata tiene los costados de hierro... ¡Con razón no la hunden! Pero, ¡ah, demonio! esos perros lo han comprendido también y se disponen a abordarnos.

—¡Prepararse a rechazar al enemigo!—grita la voz de los oficiales.

—¡Infantería naval!—ordena el Comodoro.

Y los hombres se precipitan a la borda...

Entre disparo y disparo Bobby bebe sendos tragos de vino... Y para no faltar a la costumbre Harrison trata de arrebatarse el vaso y riñen encarnizadamente...

Una voz ruda les interrumpe:

—¡Ea! ¡Basta! ¡Con quien hay que luchar ahora es con los piratas!

Y la riña por un trago se da al olvido. Lo primero es lo primero.

Efectivamente, los piratas, cansados de ver que aquella mole resiste invulnerable el fuego de todos sus cañones a un tiempo, han

maniobrado audazmente y tratan de decidir la suerte del combate en la lucha cuerpo a cuerpo.

Por un momento los buques se tocan, crujen las bordas a la caricia de los garfios y haciéndose unos minutos el silencio se acuchillan sin piedad unos a otros...

El combate es breve, pero sangriento. Los americanos diezman a sus enemigos. El deseo de vengar tantos ultrajes y tantas trope-lías centuplica sus fuerzas, y, por fin, los berberiscos comprenden que llevan perdida la partida y desisten de sus propósitos.

La *Argel*, tinta en sangre su cubierta, destrozada su obra muerta, se retira lentamente y se reanuda el duelo de cañón.

—¿Os ha escocido, eh?—gruñe Bobby sin cesar de disparar—. ¡Ahí va eso!

Y la "Ronda Lucía" suelta cajadas de plomo.

—¡Hurra!... ¡He convertido la fragata en bergantín!...

El palo mesana del buque enemigo ha caído tronchado por su base. La cubierta de la *Argel* es un montón de astillas.

—¡Mira, "Lucía"—sigue aullando Bobby—, el barco pirata anda más ligero de ropa que tú!...

Pero los tripolitanos no desisten de intentar un fin rápido a aquella resistencia desesperada que

va tomando para ellos proporciones de hecatombe, y, aprovechando la distracción de los americanos, atentos sólo a la destrucción de la *Argel*, intentan un ataque por sorpresa valiéndose de buques auxiliares.

Pero este golpe ha de fracasar como el anterior. Los hombres se precipitan al lugar de peligro y Preble grita:

—¡Al abordaje! ¡Pasadlos a todos a cuchillo!

Y él mismo, dando el ejemplo, maneja su sable de abordaje como si fuera un mozuelo de quince años.

Bobby ha abandonado también su cañón.

—¡Vamos a ver la cosa de cerca!

Harrison, con un fusil, caza piratas sentado en un saliente del casco.

La carnicería dura poco. El enemigo huye acobardado y otra vez la *Constitución* reanuda su ataque contra la *Argel*. La hermosa fragata tripolitana se retira lentamente. Está desmantelada; sus palos han ido cayendo uno a uno y sólo le resta el trinquete.

¿Pero para qué está "Ronda Lucía"?...

—¡Allá va!... ¡Tendrás que comprarte un bisoné como el con-

tramaestre presumido! ¡Hurra!...

Y Bobby, en el colmo del entusiasmo, besa su cañón dorado, del que ha resultado único servidor...

El palo ha caído cortado por la base y se derrumba con estrépito sobre la cubierta de lo que fué fragata velera, aumentando la confusión y la muerte.

Harrison entretanto acude a ayudar a los artilleros en su obra de destrucción.

Junto a una de las piezas no hay más que un fogonero herido. El contraamaestre lo coge en brazos y le ayuda a hacer el último disparo, pero él a su vez recibe de pleno una descarga que deja sus brazos como dos pingajos colgando a lo largo del cuerpo.

La *Argel* arde por fin... Las astillas acumuladas en su cubierta se han convertido en un inmenso brasero flotante y, al fin, sucede lo inevitable. Las llamas han llegado a los depósitos de pólvora... Una explosión terrible, un fogonazo, una llamarada gigante y cuando se disipa el humo sobre las aguas, cerradas de nuevo, sólo se ven unos bultos negros que se agitan, unos maderos que flotan...

—¡Soldados! — exclama Preble—. ¡Ha llegado el momento de acabar con esos bandidos!... ¡Pre-

paraos al desembarque!... ¡Una charreta para el primero que ponga la bandera americana en lo alto de los muros de esa guarida de piratas!...

Y volviéndose al condestable Somers, que cerca de él aguarda sus órdenes, le dice:

—Usted, Somers, embárguese en el *Intrépido* y métase dentro de la bahía para proteger el desembarque...

—Está bien, señor...

—Procure que su provisión de pólvora no caiga en poder del enemigo...

—La pólvora no saldrá de nuestras manos mientras aliente uno solo de mis hombres...

Y aquel hombre cuyos minutos estaban contados, saludó rígido y noble y fué a cumplir la misión más peligrosa de aquella gesta gloriosa, porque la bahía de Trípoli estaba llena de navíos pequeños en un número considerable.

Era ir al avispero, dejarse cercar... Era el pontón humano como muralla de contención... Hacer el sacrificio de la vida por salvar la de los demás y el honor de la bandera...

Y también aquel "chiquillo con casaca" fué a la muerte sin vacilar, con la sonrisa en los labios...

CAPÍTULO XIV

LA TOMA DE TRÍPOLI

El diminuto barquichuelo avanzó decidido, acercándose cuanto pudo a la orilla. Se trataba de una operación arriesgada en la que podía coronarse de gloria, pero en la que lo más probable era que dejase la vida.

¿Qué importaba?

Y Somers recordaba únicamente en aquellos momentos supremos la última recomendación de su jefe: evitar por todos los medios que la pólvora cayese en poder del enemigo.

¡No, no le cogerían vivo!

¡Qué poco pensaba él que aquella promesa íntima iba a ser muy en breve una realidad!...

A poco de avanzar, aunque protegido de cerca por los cañones de gran alcance de la *Constitución*, se

encontró rodeado de barquichuelos cargados de piratas que hacían sobre el *Intrépido* un fuego endemoniado...

Y a éstos siguieron otros mayores. Y aunque se defendía como un valiente, a la desesperada, sin detenerse más que el tiempo preciso para cargar cañones y fusiles, su situación llegó a ser verdaderamente crítica...

Desde el puente de la *Constitución*, su amigo y camarada Estéfano Decatur no perdía uno solo de sus movimientos; y al verle en aquel trance desesperado, se acercó al Comodoro Preble y le dijo:

—¡Señor, el teniente Somers se encuentra sitiado por el enemigo y mucho me temo que...

Preble miró a su vez hacia el

T R Í P O L I

sitio del combate y exclamó cogiendo la bocina de órdenes:

—¡Hay que salvar al *Intrépido* a toda costa! ¡Timonel... proa al viento!

Decatur solicitó y obtuvo permiso de acudir en auxilio de su compañero, y, tripulando el queche que llevaban de remolque, se acercó cuanto pudo a la zona de peligro, en que se batía en el último trance el valeroso y desgraciado teniente Somers...

Los piratas habían arrojado sobre el *Intrépido* sus garfios de abordaje. Y cuando vió Somers que toda defensa era inútil y que sus hombres caían como espigas al filo de los alfanjes sarracenos, puso en práctica el recurso supremo, aquel que aseguraba el cumplimiento de la promesa que hiciera a Preble en el momento de abandonar para siempre la *Constitución*... Bajó a la santabárbara y con mano segura prendió fuego a la pólvora...

Las aguas se tiñeron de rojo a impulsos de la explosión. El estampido fué horrísono y, cuando se disipó el humo, los que quedaron con vida vieron que el *Intrépido* y los buques que había más cerca de él habían desaparecido de la superficie de las aguas...

Estéfano Decatur, al ver volar el queche, ahogó un gemido de

dolor y, descubriéndose emocionado, gritó a sus hombres:

—¡Muchachos! ¡Descubrílos! ¡Esos que acaban de morir eran mejores que nosotros!...

Luego, mirando hacia las murallas de la plaza, en las que se apelonaba el enemigo, les gritó con el puño cerrado en alto:

—¡Esperadnos, que ya vamos! ¡Y ay de vosotros como yo consiga poner pie en tierra!

Y volviéndose a sus hombres añadió:

—¡Y ahora proa a la *Esther*!...

El queche volaba sobre las aguas. ¡Como que iban en él Harrison y John Merry!...

En pocos minutos estuvieron al lado del buque, al que abordaron resueltamente.

Mary los había visto llegar y quiso correr a su encuentro; pero sus esbirros la recluyeron en la cámara con guardias de vista. Era una joya del sultán y había que defenderla a toda costa...

Harrison llevaba ambos brazos vendados y casi no podía valerse de ellos. Decatur, con su impetuosidad acostumbrada, fué el primero que saltó sobre la cubierta de la bella *Esther*...

En cuanto a Merry se perdió entre la turba, repartiendo tajos a diestro y siniestro, como un loco.

Iba hacia la cámara donde sa-

bía que estaba su Mary... Para él aquello valía más que cien honras, que cien vidas...

Decatur se vió rodeado en un momento de una docena de tigres furiosos que le acometían desesperadamente. Su espada dió cuenta de los más cercanos. Y cuando iba a ser víctima de uno de aquellos energúmenos, el pelado Harrison de un revés certero acabó con la vida de aquel miserable...

—Tengo los brazos destrozados... Pero ¿qué me importa si le he salvado a usted la vida?

—¡Gracias, Harrison! ¡No lo olvidaré!

Y aquel hombre tan entero se lanzó de nuevo en lo más encarnizado de la pelea...

Pero Harrison fué herido de nuevo durante la terrible pelea...

La violencia del choque, el tesón en la contienda hicieron flaquear a los bandidos de la *Esther*, y acabar con ellos fué para nuestros héroes cuestión de poco tiempo.

Iban acorralándolos a popa, dejándolos como alfombra sangrienta sobre la cubierta, y aun muchos de ellos, escapando a la matanza, se arrojaban al mar y trataban de ganar a nado la orilla o abordar a los barquichuelos que surcaban las aguas tranquilas del golfo de Trípoli...

Empeño vano. Estaba escrito que aquel día las aguas de la bahía se teñirían de rojo con sangre musulmana.

Casi ninguno escapó con vida.

Entretanto John, que había logrado llegar a la cámara, sostenía en ella una lucha encarnizada para librar a su amada... Eran muchos para él...

Y aquel muchachito bueno—¡lo que hacen el amor y la guerra!—, aquel muchachito de rostro aniñado, que amaba la vida tranquila y al que sólo un momento de arrebató, de locura bélica hizo correr en pos de la muerte, sentando plaza de terrible aventurero, luchaba como un verdadero héroe...

Mary, acurrucada en un rincón, le miraba espantada.

Varias veces intentó intervenir.

—¡John!...—gritaba retorciéndose las manos y procurando acercarse a él y entorpecer a sus enemigos.

—¡Estáte quieta, maldita!—gritó el tío barbudo que la quería para su amo el sultán.

Y a las palabras acompañaban los golpes que caían pesadamente sobre las espaldas de la infeliz...

Al ver esto John redobló sus esfuerzos... Ya no le quedaba más que un enemigo; los demás habían caído a sus pies...

Y se lanzó sobre él sin medir el

peligro, insensatamente, acuciado por el deseo de acabar pronto, de terminar con aquella espantosa pesadilla...

Pero al hacerlo resbaló y el gigante moro alzó en alto su fusil en cuyo cañón brillaba siniestramente una afilada bayoneta...

Iba a pasarlo de parte a parte...

La muerte era inevitable... y Merry cerró los ojos después de buscar con la vista a su amada para despedirse de ella para siempre...

¿Qué hacía Mary?...

Al ver en peligro al amado, miró a todas partes con angustia...

Buscaba la manera de salvarle...

Allí sobre una mesa estaba un pistolón enorme, pesadísimo...

De un salto se precipitó sobre él y lo apretó entre sus manos nerviosas. Fué a colocarse a espaldas del bandido y, en el mismo instante en que éste iba a descargar el golpe mortal, alzó en alto la pistola y sirviéndose de ella como de una maza le hendió el cráneo de un culatazo...

El pirata cayó como una masa inerte y John abrió los ojos extrañado de verse aún con vida...

La alegría de los dos amantes no es para descrita.

Riendo y llorando se precipitaron el uno en brazos del otro y

bebieron en sus labios aquella dicha de volverse a ver libres que tan cara les había costado conquistar...

La *Esther* estaba otra vez en poder de los americanos.

El pabellón estrellado ondeaba orgulloso en lo alto del mástil y los vencedores atronaban el espacio con sus hurras estentóreas...

—¡Y ahora, muchachos, al asalto! ¡En las murallas de Trípoli hay aún gente que matar!—gritó Decatur a sus hombres electrizados por tanto valor y tanto heroísmo.

¡Aquellos eran los "chiquillos" de que tanto se burlara el Comodoro Preble cuando en aguas de Boston, la víspera de salir para Europa, pasó revista a sus hombres sobre la cubierta de la magnífica fragata *Constitución*, orgullo de la flota americana!

El asalto y toma de Trípoli fué algo épico, memorable...

Una fragata y media docena de barquichuelos rindieron una fortaleza que hasta entonces consideraron inexpugnable los más célebres marinos de aquellos tiempos

Aquel fué el principio del fin, y el rudo golpe asestado al poderío berberisco abrió el camino para

futuras empresas de mayor importancia.

Preble era un hombre duro, recio, de alma de hierro. Su valor era indomable y su ciencia militar corría parejas con su denuedo.

Bajo sus órdenes la *Constitución* se acercó a la orilla cuanto su calado lo permitía, y, colocada de flanco, fiado en el blindaje de sus bandas, que le habían demostrado resistir admirablemente al fuego de todos los cañones turcos, abrió un fuego endemoniado contra las baterías enclavadas en tierra y al mismo tiempo de defensa de las tropas de desembarco.

Éstas, en numerosos botes preparados al efecto, empezaron a llegar como un reguero humano a las playas tripolitanas, y, con ayuda de escalas y aun de sus propias fuerzas, empezaron a escalar aquellas murallas en las que hacía años incontables que no pusieran pie plantas de cristiano.

La lucha fué encarnizada y pródiga en actos de valor y de heroísmo.

Por ambas partes se luchaba con encarnizamiento.

Los árabes defendían su guarida con verdadera desesperación.

Perder aquella fortaleza era el principio de la pérdida de su dominio en el Mediterráneo.

¡Adiós, sus bravatas! ¡Su po-

derío sería una amenaza baldía! ¡Sus tributos se trocarían en incobrables y el mundo entero se moriría de ellos! Se comprenderá todo el horror de aquella lucha gigantesca...

Sin embargo, pese a todo su denuedo, los americanos lograron su propósito y la bandera de los Estados Unidos brilló por primera y única vez en la historia en tierras de África...

El júbilo de Preble era indecible.

Sus cabellos en pocas horas habían adquirido la blancura de la nieve, pero sus hombres no habían visto hasta entonces brillar aquella sonrisa de triunfo ni en sus ojos titilar una lágrima de orgullo...

Los sacrificios del pueblo sufrido y aniquilado por tantos años de guerra y gabelas no resultarían estériles...

La *Constitución*, aquella hermosa fragata de roble que salió de los astilleros norteamericanos como una muestra de la fe y la constancia de un pueblo, no volvería a su patria más que después de haber lavado con sangre las ofensas recibidas por sus hijos y tras haber librado al mundo entero del oprobio de tolerar un enemigo compuesto de rufianes y ase-

sinos, fuera de toda ley y de todo respeto a las civilizaciones...

Y al pensar en ello el viejo Comodoro sentía orgullo de sus hombres, orgullo de sí mismo y, sobre todo, un orgullo enorme, inmedible, de su patria, que desde el otro confín del mundo había venido a

pagar una deuda de gratitud con la vieja Europa, que la sacara del salvajismo un día y la permitía ahora ser cuna de las libertades...

¡Ahora podía descansar tranquilo!... ¡Había merecido el viejo Preble, no sólo bien de la patria, sino bien del mundo entero!...



CAPÍTULO XV

HACIA EL HEROÍSMO DE LA PAZ

Había terminado la contienda...

En el centro de la bahía de Trípoli la *Constitución* descansaba de la lucha encarnizada...

Allá en el fondo, en su mismo fondeadero, pero ahora sin temor alguno, libre de enemigos y con su misma tripulación, la bella goleta *Esther*—conservando en su proa, a pesar de los cañonazos recibidos, el mismo mascarón de proa—se prepara para la marcha...

John y Mary han pasado aquellos días diciéndose con los labios todas aquellas niñerías que hacen del verdadero amor una eterna ingenuidad y que hasta entonces apenas si se dijeron con los labios...

—¡Cuánto sufrí, vida mía, cuando esos hombres te separaron de mí!...

—¡Ay, John! Por mucho que

tú sufrieras, no fué tanto como yo!

—¿Me quieres?...

—¡Sí, John!...

Y ese eterno rosario, esa letanía interminable que, sin esperar a la puesta del sol, como los buenos creyentes, desgranaban millones de parejas en todos los rincones, en todas las lenguas y con todas las costumbres de la tierra, empezó a resonar sobre la cubierta de la *Esther*, frente a aquellos muros de Trípoli donde la muerte se paseaba lentamente custodiando sus presas y esperando aumentarlas aún con los que gemían doloridos en los lechos de sufrimientos...

Porque en este mundo, por desgracia, para cada alegría, para cada gozo, se derraman millares de lágrimas...

Harrison curaba sus brazos rá-

pidamente y hasta se había fabricado un nuevo y *comfortable* bisóné, como él decía en su jerga endemoniada.

Para resarcirse de las horas de vigilia a bordo de la *Constitución* y porque aquello era el mejor restaurador de las fuerzas perdidas, seguía vaciando, imperturbable, *grog* tras *grog*...

John Merry rechazaba las más de las veces sus invitaciones, porque el alcohol se le subía a la cabeza... y porque era demasiado feliz en otra parte...

Sin embargo, había momentos en que no podía negarse.

Era cuando Harrison le decía persuasivo:

—¡Ven acá, granuja!... ¡Acuérdate de que a una papalina regia le debes el haber venido a la bella *Esther* y que aquí fué donde conociste a esa endiablada mocosa que te ha vuelto la calabaza del revés...

Y claro, ¿qué iba a hacer el pobre muchacho si aquel viejo pícaro tenía razón?...

Había llegado la hora de la marcha.

En la *Esther* cada marinero ocupaba su puesto.

—¡Izad!...—gritó el capitán.

Y a la voz de mando chirriaron

las poleas, pusiéronse tensos los cables, las drizas y las velas empezaron a hinchar sus panzas morenas...

En pocos minutos la bella *Esther* lucía soberbia todo su velamen... Tras el terror pasado la goleta pizpireta se destrenzaba la melena y se ofrecía coquetona a las caricias de su gran amigo el aire, que gustaba de jugar con sus rizos revueltos en las noches de luna y en las mañanitas de sol...

El buque continuaba su viaje a Italia, a la riente Nápoles, donde Mary debía reunirse con su padre, que estaría muerto de angustia por su tardanza.

¡Si él supiese los peligros que había corrido!...

¡Verdad es que ahora su goleta, su bella *Esther*, le llevaba dos hijos en vez de uno!...

¡Nunca es tarde si la dicha es buena!, dice el refrán.

Para salir de la bahía la *Esther* tenía que pasar ante la potente fragata, y en la *Constitución* se preparaban a dirigirle el último saludo.

Pegado a la borda, mejor aun encaramado en ella, está uno de nuestros antiguos amigos: Bobby, el cabo de cañón, el amante cariñoso y fiel de la "Ronda Lucía".

Quiere decir adiós a aquel condenado de Harrison, al bonachón

de Merry, a la simpática Mary, la primera mujer con quien ha navegado sin que se hunda el buque, según afirma muy serio a todo aquel que quiere oírle, aunque algún trabajo le cuesta hacer completamente serio aquella gratuita afirmación.

Preble y sus hombres también saludan al buque hermano, y los pabellones de ambos buques hacen los saludos de ordenanza mientras sus hombres, alineados frente a frente, lanzan jubilosos sus rotundos:

—¡Hip... hip... hip... hurra!

—¡Hip... hip... hip... hurra!

—¡Hip... hip... hip... hurra!

Ha llegado el momento...

Harrison ha visto a su antiguo amigo, con el que ya no podrá volver a discutir en una temporada

Se prepara para la última escaramuza... porque él no puede irse sin decirle algo...

En el puente John y Mary, con las manos enlazadas, también dicen adiós a su viejo amigo gruñón.

La *Esther*, lentamente, majestuosa, pasa casi rozando a la fragata, tan cerca que sus tripulaciones casi pueden darse la mano...

El vigía del buque de guerra, desde su garita, grita al paso del buque mercante:

—¡Goleta *Esther*! ¿Qué rumbo lleváis?...

Y el piloto del buque mercante contesta con la misma gravedad:

—Continuamos nuestro viaje de Salem a Nápoles.

Y por primera vez en innumerables años resuena este grito consolador en la bahía de Trípoli:

—¡Buen viaje! ¡El Mediterráneo está abierto a la navegación!

El diálogo que se entabla a continuación no es tan grave ni tan respetuoso.

Los que hablan ahora son los dos cascarrabias rivales:

—¡Adiós, cabo de cañón!

—¡Adiós, marinero!

—¡Oye tú... zopenco! ¿Qué marinero ni qué narices? ¡Saluda como es debido!

—¿Pues qué eres tú, mastuerzo?

—¡Contra maestre, si no te sabe mal! ¡Acuérdate de cuando te hacía embrear las cuerdas!

A Bobby no le place aquel recuerdo humillante y para no contestar se dirige a Merry.

—Por lo que he observado me parece, Comodoro, que no habrá ahora quien te eche de la cubierta de popa...

—¡Cállate la boca, ave de mal agüero!—grita Harrison tirándole el vaso de cinc que lleva en la mano... vacío.

Y la *Esther* pasa de largo, sigue su rumbo y va perdiéndose a lo lejos hasta no ser al cabo de pocas horas más que un punto negro en el horizonte...

La mar es como un inmenso lago azul.

La *Esther*, hinchadas sus velas por un viento favorable, sigue su ruta hacia la paz... hacia el amor...

En el timón, aferrado a la vela, hay un hombre silencioso y grave...

Sus ojos no se separan un momento del sobrejuanete de mesana... ¡Nada! Ni una arruga...

¡Buen rumbo!...

De pronto, en la penumbra, se dibuja una sombra que va precisándose... Es una forma blanca, vaporosa...

Una mujer...

Se acerca... El hombre, John, aprieta instintivamente la rueda del timón como si fuera a escapársele de las manos y el pobre sobrejuanete de mesana se siente por unos momentos abandonado... ¡Pero se ríe, se ríe el pícaro y sacude trallazos de atención!

La mujer ha llegado a pegar la caricia de su cuerpo a la rueda y sus ojos miran fijamente al timonel...

Es Mary...

John, que antes de verla la presintió por los latidos desordenados de su corazón, murmura como aquella noche memorable:

—¿Quiere usted marcharse?...

Y otra vez la contestación burlesca:

—¿Por qué?...

—Porque voy a perder...

Pero antes de que él pueda terminar la frase, Mary se ha apoderado del timón y conduce la ufana nave deseando llegar pronto a destino, a la felicidad.

Y mientras la *Esther*, bajel del amor, sigue su rumbo, la gloriosa *Constitución*, con todas las velas al viento, navega majestuosamente, mar adentro, en busca de la patria amada, a recibir los bien ganados laureles de la victoria...

Ambos buques van a todo trapo hacia el bendito heroísmo de la paz...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

¡Grandioso acontecimiento!

El Rey de Reyes

Película cumbre de
CECIL B. DE MILLE

El volumen que estas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica se honran en dedicar a tan maravillosa producción, no debe faltar en ninguna biblioteca.

Presentación inmejorable

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—La princesa que supo amar, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien. Cobra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Gloria Swanson.—¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Novarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

SEA USTED COLECCIONISTA

de la selecta

Biblioteca "Nuestro Corazón"

publicación quincenal de novelas
sentimentales de reputados autores



NÚMEROS PUBLICADOS:

Núm. 1

La que se hizo amar

por MARCEL PRIOLLET



Núm. 2

Nada se borra

por MAX DERVIOUX



Núm. 3

La esposa y la amiga

por JOSÉ BAEZA VALERO



Núm. 4

El hombre que no servía
para nada

por JORGE CLARY

Núm. 5

La falta del hombre

por RENÉ TROTET DE BARGIS



Núm. 6

Mujeres...

por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE



Núm. 7

Lecciones de la vida

por FÉLIX LÉONNEC



Núm. 8

La Primavera
reflorece

por MICHEL NOUR

ACABA DE APARECER:

EL SEÑOR FRANCISCO

por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE



Recomendamos a todos la
lectura del sentimental y au-
téntico manuscrito hallado en
las trincheras

El amor de un soldado desconocido

Novela inglesa traducida al
castellano por el Doctor Max.

ÉXITO EDITORIAL

La obra del día en España
y América

Precio: 3'50 Pesetas



¿Ha adquirido usted ya el
Número-Almanaque
para 1928 de
La Novela Semanal
Cinematográfica?

/

Ningún amante de la cinematografía debe dejar de comprarlo.
Alarde editorial · Regalo de
un precioso álbum para coleccionar las postales de

La Novela Semanal
Cinematográfica del año 1927

Exclusiva de venta para España: Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21. — Irún: Ferrocarril, 20.

EB

Precio: 1'50 ptas.